

GERSHOM SCHOLEM



ZOHAR
OOHAA
HHH HH HH
AAHO O
RAHOZ

EL
LIBRO
DEL
ESPLENDOR

Lectulandia

Considerado un texto iniciático, conocido más a través de referencias que por lecturas directas, el *Zohar*, *El Libro del Esplendor*, ha sido el origen y guía para numerosos autores preocupados por el tema bíblico o del trasmundo. Sin embargo, el *Zohar* y su leyenda tienen vertientes más fascinantes, además de la belleza que transmite el mismo texto: la proposición de vías de conocimiento interiores y la lectura meditada de profecías y libros sagrados, que permiten una reflexión, siempre nueva, referida a un mundo capaz de adquirir una dimensión distinta al que su carácter profano ha impuesto.

Lectulandia

Moisés de León

Zohar, El libro del esplendor

ePub r1.0

Titivillus 12.12.17

Moisés de León, 1300
Edición y selección: Gershom Scholem
Traducción: Pura López Colomé

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Marco histórico del Zohar

El libro del Zohar, la obra literaria más importante de la Cábala, se nos presenta, en buena medida, de forma inaccesible y misteriosa tal como corresponde a una obra de sabiduría oculta. Ya sea debido a ello o bien a pesar de ello, entre las grandes producciones literarias medievales —sin importar si nos parecen o no más claras y más accesibles que el Zohar— no existe una sola que haya tenido una influencia o un éxito similar. Ninguna otra obra literaria judía ha gozado del privilegio de haber determinado, a lo largo de un período de tiempo considerable, la formación y el desarrollo de las convicciones religiosas de los más amplios círculos dentro del Judaísmo, en particular, de los más sensibles respecto de la religión y, lo que es más, de haber logrado solidificarse como fuente de doctrina y revelación de igual rango canónico que la Biblia y el Talmud entre 1500 y 1800. Este radiante poder no emanó, ciertamente, del principio del «Libro de lo Radiante» o «del Esplendor», como suele llamársele en inglés. La «Guía para el perplejo» de Maimónides, casi a todas luces la antítesis del Zohar, ejerció una influencia directa y decidida en su época; a partir del momento de su publicación, comenzó a afectar las mentes llevándolas hacia el entusiasmo o hacia la consternación. Sin embargo, después de dos siglos de profunda influencia, comenzó a perder más y más fuerza hasta que finalmente se extinguió casi por completo de la conciencia de las grandes masas. Fue a finales del siglo XVIII cuando la Iluminación Judía nuevamente le otorgó relevancia en un intento por hacer de la obra una potencia activa dentro del ámbito de su propia lucha.

El Zohar, en cambio, tuvo que abrirse paso partiendo de un anonimato y encubrimiento total y prácticamente impenetrable. Durante cientos de años casi no despertó interés alguno. Cuando apareció en escena, expresó (y de ahí su atractivo) el sentimiento de un grupo muy pequeño de hombres que, en claustros bastante poco organizados, buscaban una nueva comprensión mística del mundo del judaísmo y que no tenían la menor idea de que este libro en particular —entre los muchos que pretendían expresar una nueva visión del mundo por medio de símbolos y alegorías— estaba destinado a ocupar un sitio tan importante. No obstante, aquella débil sombra de escándalo que había surgido a raíz de su publicación y aparición inicial en el mundo literario, el enigma del origen ilegítimo de una falsificación literaria muy pronto desapareció y cayó en el olvido. Lenta pero seguramente, la influencia del Zohar fue ampliando sus márgenes; y cuando los grupos entre los que había sido predominante dieron pruebas de ser los engendrados de una nueva actitud religiosa en los vendavales de la historia judía al demostrar su autoridad, entonces el Zohar, en un renacimiento tardío pero tremendamente intenso de la vida nacional, vino a llevar

a cabo la gran tarea histórica implícita en un texto sagrado complementario de la Biblia y del Talmud, mostrando un nuevo nivel de conciencia religiosa. Su carácter inspirador ha sido enfatizado por numerosos grupos judíos en Europa oriental y en el Oriente hasta nuestros días; ellos han insistido en que el efecto de una obra así sobre el alma no depende, en última instancia, de su comprensión, lo cual no es otra cosa que la prueba que desde la antigüedad se ha aplicado para el reconocimiento de cualquier texto sagrado.

Fue ante el colapso de las creencias en cuyo ámbito la Cábala había conseguido representar una fuerza histórica, que el esplendor del Zohar se desvaneció; y, más tarde, al revalorarse la Iluminación, se convirtió en «el libro de la falsedad» que supuestamente era responsable de haber oscurecido la nítida luz del judaísmo. La polémica de tendencias reformistas, en este caso, también se apresuró a constituir un instrumento de crítica histórica que en rigor, después de unos comienzos prometedores, dio pruebas de debilidad e inseguridad en cuanto a la realización de su programa se refería, por más adecuados que hayan sido sus métodos y verdaderas sus tesis.

Sin embargo, la crítica histórica sobrevivirá a la breve inmortalidad de aquel judaísmo «genuino» cuya visión de la historia y escala de valores estimularon su nacimiento. Una vez libre de toda polémica y preocupada por una interiorización más precisa y objetiva de su esencia, se evidenciará dentro del nuevo contexto (y en buena medida antiguo) en el cual comenzamos a ver el mundo del judaísmo y su historia.

Su carácter literario

En cuanto a su fisonomía literaria, el Zohar está muy lejos de haber sido concebido y producido como una obra unitaria. Así pues, no se le puede considerar como un tipo de exposición sistemática de la visión del mundo de la Cábala como tantas que han llegado hasta nosotros desde los orígenes de dicho libro sagrado y aun desde épocas anteriores a él. Tal cual ha quedado impreso en nuestros días, es más bien un conjunto de escritos y tratados considerablemente distintos unos de otros en lo referente a su forma. La mayoría de las secciones parecen ser interpretaciones de pasajes bíblicos, pequeños dichos, homilías más largas o bien series de homilías artísticamente glosadas en las que el Rabino Simeon ben Yohai, maestro famoso del siglo II, así como sus amigos y alumnos interpretan las palabras de las Escrituras de acuerdo con su significado oculto y, lo que es más, casi siempre en arameo. Otras secciones, aunque son pocas, han sido preservadas en forma de recuentos anónimos de hechos en los que no es posible reconocer panoramas y personas como los descritos con tanto cuidado en otras partes del texto, con frecuencia de manera bastante dramática. Por lo general, la exposición es enigmáticamente breve, pero las

ideas se presentan con una amplitud homiliaca y una elaboración arquitectónicamente efectiva. De hecho, muchas secciones aparecen como fragmentos de oráculos y registros de revelaciones secretas, y están escritas en un estilo peculiarmente entusiasta, solemne y «elevado»; tan es así que quien lo lea con cierto desapego puede sentir que se ha ido más allá de los límites del buen gusto cayendo en la afectación y la ampulosidad. Mientras que la exposición sólo conlleva un tono apenas elevado y es más bien fértil y realista, lo que sí encontramos en varios pasajes es una pasión por la asociación de ideas llevada al extremo y que, por ende, degenera en un escape de la realidad conceptual. Exteriormente, también, muchas partes se apartan del resto y sus títulos específicos las presentan como composiciones independientes, lo cual tiene su razón de ser.

La parte principal del Zohar, dispuesta en porciones pentateucas, pretende ser un antiguo Midrash, y en muchos detalles imita la forma de antiguas obras midráshicas de los primeros siglos. Sin embargo, en conjunto, ciertamente trasciende dicha forma y adopta una totalmente distinta: la del sermón medieval. Composiciones de tal extensión, construidas con base en un plan definido como el que encontramos en el Zohar, de 15, 20 o hasta 40 páginas, están bastante alejadas del antiguo Midrash. He aquí un principio distinto de la composición. Lo mismo se puede aplicar a las partes llamadas Midrash ha-Neelam (El Midrash secreto) y Sitre Torah (Secretos de la Torah) que proporcionan, en gran número de apartados pentateucos —especialmente en el libro primero— piezas paralelas a las «partes principales».

El Midrash secreto, sin duda, tiene mucho que decir respecto de Simeon ben Yohai y su círculo, pero evita casi por completo los caminos del pensamiento genuinamente místico y teosófico; en vez de éstos, en las secciones más importantes presenta alegorizaciones radicales de las historias patriarcales como un indicador del destino del alma antes y después de la muerte. Dichas alegorías claramente revelan su parentesco con las homilías filosóficas del siglo XIII. Por otro lado, los secretos de la Torah —que fue principalmente construida sin la ayuda de la forma del Midrash o de alguna añadidura de nombres— representan la transición de una alegoría filosófica-escatológica a una exégesis genuinamente mística.

Por medio de un plan de excelente factura, el Idra Rabba (La Gran Asamblea) describe el «cuerpo» místico de la deidad bajo el símbolo del «Hombre primitivo». Simeon ben Yohai trata por segunda vez el mismo tema en un monólogo antes de su muerte, acontecimiento vívidamente descrito en el Idra Zutta (La Asamblea Menor). Los «Mishnayot» y «Toseftot» anónimos, concebidos como introducciones a otras secciones más amplias, expanden los oráculos relacionados con el mundo y el alma. En el Raya Mehemma (El pastor fiel), Moisés y el Rabino Simeón conversan acerca de los motivos ocultos de los mandamientos. Los Tikkunirn dan, asimismo, una interpretación detallada de la primera parte del Pentateuco y así tenemos un total de más de 10 partes grandes y pequeñas que evidentemente son entidades distintas. Por tanto, no resulta sorprendente que la cuestión de la unidad del Zohar haya encontrado

respuestas tan dudosas.

Origen y paternidad

A pesar de que no se puede abundar aquí respecto de los distintos puntos de vista críticos de la obra que nos ocupa, el estado actual de las investigaciones zoháricas puede al menos resumirse. La opinión más radical fue la expresada por Heinrich Graetz quien declaró que todas y cada una de las partes del Zohar, sin excepción, eran obra del cabalista español Moisés de León, muerto en 1305: este gran historiador vació los cántaros de una ira por demás vehemente que lo había poseído. Pocas reputaciones como la de Moisés de León han pasado por la escuela de Graetz y han llegado a la posteridad en tan lamentable estado. Lejos de reconocer al genio que seguramente moldeó el Zohar —en caso de haber sido éste obra de un solo hombre—, Graetz vio en él sólo una charlatanería decepcionante.

En contraste con este punto de vista, el Zohar ha sido considerado, especialmente entre los miembros de la generación precedente, como una obra que se dio de manera fragmentaria o bien anónima en el curso del tiempo, en la cual las más variadas fuerzas —a menudo contradictorias— del movimiento cabalístico hallaron su expresión. En cualquier caso, a la luz de tal punto de vista, Moisés de León fue considerado el redactor de escrituras antiguas y fragmentos a los que pudo haber añadido algo de su cosecha. La teoría de que fuentes y documentos «primitivos» se han preservado en el Zohar, es hoy día del dominio público. De acuerdo con lo anterior, entonces, aun en sus aparentes comienzos el Zohar fue un depósito del espíritu popular creativo y, como la Biblia o el Talmud, una obra anónima (sin duda, lo anterior ha otorgado a este punto de vista un gran atractivo, no obstante su falta de pruebas contundentes). Incluso podría tomarse como indicador de la influencia perdurable de la escuela de Ahad Haam el hecho de que la falta de pruebas de esta teoría —de la cual, dicho sea de paso, no existe ni la menor sombra de alguna evidencia filológica crítica— no haya en modo alguno detenido su propagación. Lo plausible sobrevive aun sin pruebas.

Todo intento por establecer, a través de la elaboración de criterios exactos, que ciertos niveles y partes del Zohar pertenecen a épocas anteriores al siglo XIII, resulta ser nueva evidencia de lo contrario. Este hecho ha sido entrañablemente experimentado por el escritor que aquí presentamos. Después de dedicarle muchos años a un análisis de este tipo, se encontró con que el resultado inequívoco correspondía tan poco a las expectativas con las que comenzó su trabajo, que se atrevió a afirmar con toda seguridad las siguientes conclusiones:

El Zohar, en esencia, posee unidad aunque no tanta como la que Graetz imaginó. Entre las partes no hay sustancia de la antigua mística midráshica que nos sea

desconocida; al contrario, estas partes surgieron de las mentes de sus autores tal y como están, salvo por el hecho de que algunas indudablemente se han perdido y desaparecieron de los manuscritos cuando menos en el siglo XIV. Gran parte del texto impreso está equivocadamente ordenado, mientras que el texto manuscrito conserva un orden correcto. Finalmente, unos cuantos trozos se añadieron ya avanzado el siglo XIV. Las partes no muestran relación alguna con autores concretos, sino que, en la conformación original del cuerpo central del Zohar, se partió de tres fuentes. Éstas, que en sí mismas constituyen una unidad básica, son:

1. El Midrash ha-Neelam.

2. El Idra Rabba, el Idra Zutta, el Sitre Torah, así como la mayoría de los demás tratados cortos que constituirían la parte principal del Zohar.

3. El Raya Mehemna y el libro conocido como Tikkune Zohar, ambos obra de un solo autor.

Lo cierto es que el autor de la tercera fuente, que tenía en su poder la fuente inmediata anterior pues la cita y la imita con bastante poca fortuna, no es el autor de las dos primeras. Todo parece reafirmar el carácter lingüístico de la tercera, sus tendencias fuertemente apocalípticas, su laboriosa factura, sus puntos de vista divergentes y su empleo de otras fuentes. Tal vez uno podría proponer, no sin cierto azar, que la tesis que aquí tratamos es obra del periodo de vejez y decadencia del autor principal quien, al ver que su talento joven lo había abandonado, decidió imitarse y repetirse. Pero existe una naturaleza independiente inherente al Tikkunim que hace de esta tesis algo insostenible. Este último conjunto de escritos fue producido alrededor del año 1300.

Es bastante probable, por otro lado, que los dos primeros textos pertenezcan a un solo autor cuya transición —de la primera composición a la segunda— es claramente rastreable; así, se vuelve ocioso asumir cualquier incongruencia en cuanto a la identidad de la persona que se halla detrás del todo de la obra. El Midrash secreto, que con anterioridad se había considerado la última parte de la producción total debido a su carencia de terminología filosófica así como debido al empleo parcial de la lengua hebrea, casi con seguridad constituye la primera parte.

Detrás de la obra como un todo, se erige la personalidad de un místico que, comenzando con la educación filosófica y talmúdica de su tiempo, se deja ir a lo profundo de las ideas místicas y gnósticas de la Cábala y finalmente renuncia por completo a sus intereses filosóficos para desarrollar en su lugar un talento verdaderamente fuera de lo común para la elaboración de homilías místicas. Ciertamente, medio milenio tuvo que pasar antes de que la literatura judía fuera de nuevo capaz de mostrar algo comparable. El autor de las partes más importantes del Zohar no es ningún redactor o compilador sino un genio de la homilía. Fue la Cábala, tal como se desarrolló antes de su tiempo y tal como había constituido su hogar espiritual, la que él reconstruyó —con un poder inesperado e impresionante—, partiendo del texto de las Escrituras y de los antiguos y burdos temas del Midrash.

Así pues, aunque el mundo de sus pensamientos y conceptos no acababa de nacer, sus fuentes místicas de ninguna manera eran volúmenes olvidados o escritos apócrifos de siglos oscuros. Dichas fuentes estaban constituidas por la literatura de la Cábala hasta la época de Moisés ben Nahman (1195-1270) y su círculo.

El mundo místico de este autor del Zohar nos revela de modo preciso el único lapso en el que debe ser ubicado dentro de la evolución de la Cábala; además de lo anterior, toda una serie de criterios lingüísticos y de hechos bastante independientes unos de otros apuntan exactamente hacia la misma época. Fue ciertamente alrededor de 1280 que estas partes principales del Zohar fueron integradas en una sola composición en España, por un cabalista que no había visto Palestina. Siempre revestida de nuevas formas, llena de distinciones literarias y estilísticas, ésta es la obra de un autor que parece haber experimentado una profunda conversión al cabalismo. Pero, a pesar de todas las máscaras que le encanta usar, la forma interior y el estilo personal son siempre idénticos.

Y ¿qué podemos decir de estas máscaras? ¿En qué consiste todo este paisaje de Galilea que se disuelve en la irrealidad, el Rabino Simeon ben Yohai, su familia y amistades, y todos los demás adornos de una fineza estilística de tipo midráshico en la cual el autor parece encontrar tanto placer, tal como si estuviera inmerso en el juego de la fantasía? Este viaje a la pseudonimia y al abismo romántico provocó una cierta excitación literaria en los textos críticos del siglo XIX: ataques furiosos y condenación moral, así como una apologética a la vez circunspecta y vociferante que hoy día nos parece producto de un grado considerable de exageración. El tiempo nos ha enseñado que los plagios literarios revelan en su anonimato y pseudonimia los recursos de sus trucos y trampas; y no es gratuito que hayamos conservado la palabra «pseudepigrapha» para designar, en particular, una categoría legítima de literatura religiosa mediante un término carente de un tomo reprobatorio pero que hace eco en la palabra inglesa «forgery»^[1]. Algunos documentos importantes de nuestra literatura religiosa son plagios en este sentido; asimismo, la literatura mística que el autor del Zohar pudo haber leído constituye, en buena medida, una pseudepigrapha más antigua.

No estamos siquiera seguros de que el autor —quien maneja la técnica pseudepigrapha con tal grado de virtuosismo y permite que las personas en sus diálogos utilicen un prolijo número de títulos de libros y citas inventadas— haya tomado muy en serio la forma literaria de la pseudepigrapha cabalística. Lo cierto es que en toda una serie de imitaciones del Zohar aparecidas durante los primeros cien años que siguieron a su publicación, resulta claro que los autores no confundieron mascarada y realidad de ninguna manera. La mascarada constituía un recurso mediante el cual el nombre azaroso de un autor que poseía la sabiduría secreta desaparecía tras su material; en el mismo tenor de cosas, si el marco aparece en ocasiones decorado excesivamente por manos voluntariosas o hasta descuidadas, esto no es más que un toque distintivo (y el Zohar es el ejemplo más importante, pero de

ninguna manera el único, de tal mascarada amorosa dentro de la literatura judía). Fue mucho más adelante, cuando estas cuestiones comenzaron a concebirse con mayor crudeza, que el disfraz se convirtió en una realidad histórica.

Qué tan juguetonamente el autor del Zohar en persona echó mano de esta forma, es algo que queda demostrado en el hecho digno de ser mencionado que, junto con este libro, compuso otras obras pseudepigraphas más cortas de las cuales una en particular, mejor conocida como El testamento del Rabino Eleazar, el Grande, ha disfrutado de la fortuna de encontrarse entre los libros judíos populares de mayor circulación, aunque su origen verdadero generalmente ha pasado inadvertido. Graetz sin duda nos ha hecho pensar que Moisés de León falsificó ambiciosamente el Zohar para obtener ganancias, para sacarles dinero a los cándidos ricos después de que los libros en los que él aparecía como autor dejaron de aportarle ingresos suficientes. Esta especie de personaje ficticio, pícaro audaz, resultaría inaceptable para la crítica histórica aunque no se contara con las pruebas concluyentes de que la parte más importante del Zohar existía aun antes de 1286, año en el cual Moisés de León escribió su primer libro enteramente basado en el Zohar. Esto desde luego que no excluye la posibilidad de que el propio de León hubiese escrito el Zohar años antes.

Pero ¿fue efectivamente Moisés de León el autor de este Zohar tal como sus contemporáneos lo sospechaban? Podemos ahora afirmar con alguna certeza filológica que Moisés de León debe ser considerado el autor real del libro. Es verdad que aún no ha sido aprobada una sólida evidencia anterior que apoye aquella hipótesis; pero cierta evidencia enteramente nueva ha arrojado luz sobre la autoridad decisiva de Moisés de León. Hela aquí: Moisés de León poseía la obra original y la puso en circulación de 1280 en adelante; así tenemos que un paisano suyo, Isaac ibn Sahula de Guadalajara leyó el Midrash secreto en 1281, por ejemplo. De 1286 en adelante, Moisés de León compuso un número bastante considerable de sus «propios» escritos. Estos libros revelan un autor que vive y se mueve de manera total dentro del mundo específico del Zohar y no solamente en el mundo general de la Cábala contemporánea, así que sólo nos queda decir que él se dio por vencido ante la fuerte personalidad del anónimo autor del Zohar al grado de renunciar a sus rasgos identificatorios personales, o bien que él era el autor. Para este último punto de vista existe una notable indicación cronológica. Hasta hace muy poco, nadie sabía cómo era el viejo Moisés de León cuando comenzó a escribir, o si aquellos diez o veinte años mínimo que se requirieron para concebir una obra del tipo al cual pertenecen las dos primeras fuentes del Zohar, son o no anteriores a la época en que de León comenzó a escribir. Pero, aun antes de la Primera Guerra Mundial, se encontró un manuscrito en Moscú que por una extraña coincidencia resultó ser nada menos que una de las partes de la «Guía para el perplejo» de Maimónides, escrita para Moisés de León en 1284. Estos veinte años «vacíos» (1264 a 1286) que precedieron su aparición pública coincidían curiosamente con el periodo del origen del Zohar que ha sido determinado por medio de asociaciones y criterios bastante distintos. ¿Acaso el

sendero que va de la lectura de la «Guía para el perplejo» al misticismo escatológico del «Libro del Alma Racional» de Moisés de León correspondería al antes descrito como el periodo de desarrollo interior del autor del Zohar, de una alegoría semifilosófica a la interpretación místico-teosófica de las Escrituras? Podemos afirmar con certeza que ninguno de los otros cabalistas españoles de aquel tiempo que se hallan dentro de nuestro marco de referencia y aparecen ante nosotros con sus rasgos característicos espirituales e individuales puede venir al caso como posible autor del Zohar. Ni Abraham Abulafia, ni Moisés de Burgos, ni Jacobo de Segovia, ni José Gikatila muestran esa inconfundible fisonomía. Y aquel que no quiera creer en el Gran Desconocido que con tanto éxito ha evadido todos los intentos por seguir sus huellas, debe dar su apoyo a Moisés de León ni es que desea salir adelante en la reconstrucción de uno de los personajes más significativos y claramente marcados de la historia religiosa judía.

No podemos dejar de hacer notar aquí ciertos rasgos del lenguaje del Zohar que han dado muestras de ser factor importante en cuanto a la influencia de la obra se refiere. El sostenido claroscuro del peculiar arameo del Zohar, ha cubierto de una pátina venerable y un entusiasmo refinado ideas que, de haberse expresado en el sobrio hebreo del siglo XIII, habrían tenido que hablar por sí solas; en la forma que asumieron, podría decirse que han encontrado su lengua natal. Este logro lingüístico resulta aún más admirable si tomamos en cuenta que en el hebreo medieval se transparenta el arameo página tras página en estructura, sintaxis y terminología; esto es todavía más digno de admiración si consideramos que el vocabulario arameico del autor evidencia una curiosa pobreza y sencillez. Tan pronto como uno termina de leer las primeras treinta páginas del original, uno conoce lo suficiente del lenguaje como para poder leer todo el libro; también resulta asombroso con qué modestia de recursos se ha expresado tanto y se han logrado tales efectos. Con frecuencia, la comprensión exacta de un pasaje determinado en el Zohar depende de una traducción al hebreo de la Cábala contemporánea; pero he aquí que los escritos de Moisés de León son sumamente útiles para descifrar muchos de los pasajes, pues un número considerable de conceptos místicos se expresan de manera algo arbitraria por medio de palabras nuevas que, en muchos casos, han surgido de formas talmúdicas corrompidas presentes en manuscritos medievales.

La selección del presente volumen

Resultaría notoriamente presuntuoso ofrecer cualquier selección de una obra como el Zohar y, ciertamente, es difícil reunir en un breve volumen toda la riqueza de contenido, la plenitud de ideas, inherente al original. Por supuesto que ninguna selección puede asumir la tarea de reflejar la doctrina mística del Zohar; una

presentación así —dentro del rango de posibilidades de un libro pequeño requeriría todo un aparato de notas explicativas y comentarios cuando menos de la extensión del texto mismo.

Por lo tanto, lo que intento presentar en las siguientes páginas es una secuencia de pasajes que tal vez propicien un interés inmediato en el lector por medio del colorido con el cual la vida del alma queda reflejada, de lo curiosamente conmovedor de la exegesis de las Escrituras, y de la notoria paradoja de los pensamientos expresados. Todos los pasajes seleccionados —algunos de los cuales se ofrecen en forma condensada—, tienen en común el hecho de que estimulan de manera directa la imaginación y la fantasía del lector, y esto no depende de la interpretación de las asociaciones técnicas y simbólicas en las que los textos abundan. Las explicaciones absolutamente indispensables se dan al pie de página. En general, sin embargo, me atrevo a asumir que el lector interesado desearía reflejarse, él mismo, en los profusos símbolos e imágenes justo como van apareciendo aquí. No de otro modo el Zohar atrajo a círculos cada vez más amplios de lectores a lo largo de los tiempos. Poco importa si esta o aquella connotación simbólica se reconoce con toda propiedad o no.

Con lo anterior en mente, seleccioné aquellos pasajes que arrojan luz sobre las ideas místicas acerca de Dios, así como las distintas etapas de su manifestación, y sobre la idea del alma, sus grados y su destino. En algunas ocasiones, se verá cómo un pasaje se explica por medio de otro.

No consideré prudente ordenar el volumen de acuerdo a temas y tópicos. Una organización así no es recomendable ya que todos los pasajes seleccionados están ampliamente interrelacionados, cada uno está encadenado al que se sigue y termina en él. Así pues, lo más sensato resultó conservar, en general, la misma secuencia en la que los trozos aparecen en el texto original del Zohar.

Este pequeño volumen habrá logrado su cometido si logra dar al lector alguna noción del poder de fantasía contemplativa e imaginación creativa escondidas en el pensamiento aparentemente recóndito de los cabalistas.

GERSHOM SCHOLEM

GÉNESIS

El principio

«En el principio» [Gen. I: I], cuando la voluntad del Rey comenzó a hacerse, él grabó señales en la bóveda celeste [que lo rodeaba]. Desde el vacío más recóndito surgió una flama oscura, desde el misterio de eyn sof, el Infinito, como una bruma formándose en lo informe, encerrada en el anillo de esa esfera, ni blanco ni negro, ni rojo ni verde, de ningún color en absoluto. Sólo después de que esta flama comenzó a adoptar forma y dimensión, comenzó a producir colores radiantes. Desde el centro más profundo de la Clama emergió un pozo del cual salieron colores que se esparcieron encima de todo lo que estaba debajo, oculto en el misterioso escondite de eyn sof.

El pozo se abrió paso, pero no en el éter [de la esfera]. No pudo ser reconocido, hasta que un punto escondido y supremo brilló desde el fondo del impacto del último paso^[2]. Más allá de este punto nada puede saberse. Así pues, recibe el nombre de reshit, principio, la primera palabra [de las diez] por medio de la cual el universo ha sido creado.

El universo: cáscara y semilla

Cuando el Rey Salomón «penetró en las profundidades del jardín de las nueces», como está escrito, «descendí al jardín de las nueces» [Canto 6: II], tomó una cáscara de nuez y, al estudiarla, vio una analogía entre sus capas y los espíritus que motivan los deseos sensuales de los humanos, como está escrito, «y los placeres de los hijos de los hombres [son de] demonios machos y hembras» [Eccl. 2: 8].

El Ser Supremo, bendito sea, consideró necesario poner en el mundo todas estas cosas para asegurar la permanencia y la posesión, por así decido, de un cerebro rodeado de numerosas membranas. El mundo entero, superior e inferior, está organizado de acuerdo con este principio, desde el centro místico primigenio hasta la más exterior de todas las capas. Todas son una para la otra, cerebro dentro de cerebro, espíritu en espíritu, cáscara dentro de cáscara.

El centro primigenio es la luz más interior, de una transparencia, sutileza y pureza más allá de cualquier comprensión. Ese punto interior en expansión se convierte en un «palacio» con salas que delimitan el centro y es tan radiante que su luz va más allá del poder del conocimiento.

La «vestidura» del «palacio», del punto interior incognoscible, al tiempo que

constituye un destello incognoscible en sí mismo, es, no obstante, de una sutileza y translucidez menores que el centro primigenio. El «palacio» se esparce en una «vestidura» para sí mismo, la luz primordial. De ahí hacia afuera se va extendiendo; existe en cada extensión que se sobrepone a otra extensión, y cada una constituye una vestidura para la anterior, como una membrana lo hace respecto del cerebro. Aunque es membrana primero, cada extensión se hace cerebro en la extensión que la sigue.

De igual modo, el proceso continúa abajo y, una vez establecido, el hombre en el mundo combina cerebro y membrana, espíritu y cuerpo, todo en pro del más perfecto ordenamiento del mundo. Cuando la luna y el sol estuvieron en conjunción, ella era luminosa; pero cuando ella se separó del sol y gobernó sus propias legiones, su estado y su luz se redujeron, y se hizo capa tras capa para investir al cerebro, y todo fue por su bien.

La primera luz

«Y dijo Dios, Hágase la luz, y se hizo la luz» [Gen. I: 3] Esta es la luz primordial que hizo Dios. Es la luz del ojo. Es la luz que Dios le mostró a Adán y, por medio de ella, él pudo ver el mundo de un extremo al otro. Esta es la luz que Dios le mostró a David y él, al contemplarla, cantó en alabanza diciendo, «Oh, cuán abundante es Tu bondad, la cual Tú has puesto al alcance de aquellos que Te temen» [Salmos 31: 20]. Esta es la luz por medio de la cual Dios le reveló a Moisés la tierra de Israel, desde Gilead hasta Dan.

Previendo el advenimiento de tres generaciones pecadoras, la generación de Enos, la generación del Diluvio y la generación de la Torre de Babel, Dios los alejó del goce de la luz. Luego la devolvió a Moisés durante la época en que su madre lo escondía, durante los tres meses después de su nacimiento. Cuando Moisés fue presentado ante el faraón, Dios se la quitó y no se la devolvió hasta que, de pie en el Monte Sinaí, se dispuso a recibir la Torah. Desde entonces Moisés la consideró suya hasta el fin de sus días y, por tanto, los israelitas no podían acercársele hasta que se pusiera un velo en el rostro [Exodo 34: 33].

«Hágase la luz, y se hizo la luz» [Gen. I: 3]. Sea lo que sea aquello que designa la palabra vayehi [y se hizo], esa cosa está en este mundo y en el mundo por venir.

El Rabino Isaac dijo: En la Creación, Dios irradió sobre el mundo de un extremo al otro con la luz, pero ésta fue retirada para privar de su goce a los pecadores del mundo, y quedó a buen recaudo para los justos, como está escrito, «La luz se siembra para los justos» [Salmos 97: 11]; entonces, los mundos estarán en armonía y todos se unirán en uno solo; pero hasta que el mundo futuro se establezca, esta luz permanecerá guardada. Esta luz emergió de la oscuridad y se abrió paso por intercesión del Más Secreto; De igual modo, de la luz escondida, a través de algún

camino secreto, se abrió paso la oscuridad del inframundo al cual la luz es inherente. Esta oscuridad inferior recibe el nombre de «noche» en el verso «Y a la oscuridad, Él la llamó noche» [Gen. I: 5].

La creación del hombre

El Rabino Simeón se levantó y habló: Al meditar, he percibido que cuando Dios estaba a punto de crear al hombre, entonces comenzó a temblar arriba y abajo de todas las criaturas. Se desdoblaba apenas el sexto día cuando al fin se tomó la divina decisión. Se encendió la llama de la fuente de todas las luces y se abrió la reja del Este, desde donde fluye la luz. La luz concedida en el principio, la tomó el Sur en gloria plena y el Sur tomó control sobre el Este. El Este tomó el control del Norte y el Norte despertó y, abriéndose, llamó en voz alta al Oeste para que fuera hacia él. Luego el Oeste viajó hacia el Norte y se quedó junto a él; después el Sur controló al Oeste, y el Norte y el Sur rodearon el Jardín y constituyeron su vallado. El Este se acercó al Oeste y el Oeste se regocijó y dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» [Gen. I: 26], para que abrace como nosotros los cuatro cuadrantes y el alto y el bajo. Ahí se unieron el Este y el Oeste y crearon al hombre. Por tanto, los sabios han dicho que el hombre surgió del sitio mismo del Templo.

Más aún, podemos ver que las palabras «Hagamos al hombre» logran esto: a los seres inferiores, derivados de un lado del mundo superior, Dios les reveló el secreto de cómo formar el nombre divino «Adán», en el cual se acompañan lo superior y lo inferior, en la fuerza de sus tres letras: alef, dalet y mem. Una vez que las tres letras hubieron venido hasta el mundo inferior, fue percibido en su forma, completo, el nombre de Adán para comprender en un nombre al varón y a la hembra. La hembra estaba pegada al costado del hombre y Dios le envió al hombre un sueño profundo y él se recostó en el sitio del Templo. Dios entonces le cortó a la hembra y la atavió como a una novia y la guió hasta él, como está escrito: «Y tomó uno de sus costados y llenó el espacio con carne» [Gen. 2: 21]. En las Antiguas Escrituras, he visto que se dice, que aquí la palabra «uno» significa «una mujer», es decir, la original Lilith que se acostó con él y concibió de él. Pero hasta ese momento ella no fue ninguna ayuda para él y está escrito: «Pero para Adán no se encontró una ayuda» [Gen. 2: 20]. Adán, entonces, fue el último, pues estuvo bien que encontrara al mundo completo cuando hizo su aparición.

«No había aún en la tierra ningún arbusto del campo» [Gen. 2: 5].

El Rabino Simeón continuó diciendo: la alusión es de los magníficos árboles que crecieron más tarde, pero que entonces eran arbustos. Adán y Eva, como hemos dicho, fueron creados uno junto al otro. ¿Por qué no cara a cara? Por la sencilla razón de que el cielo y la tierra todavía no estaban en completa armonía: «El Señor Dios no

había hecho llover sobre la tierra» [Gen. 2: 5]. Cuando la unión inferior se perfeccionó y Adán y Eva estuvieron cara a cara, entonces se perfeccionó la unión superior.

Esto podemos saberlo gracias al Tabernáculo: hemos aprendido que, junto a él, fue puesto otro tabernáculo y que el superior no fue alzado hasta que el inferior fue erigido; y así sucedió en este caso. Más aún, puesto que todo allá en las alturas no estaba todavía perfectamente ordenado, Adán y Eva no fueron creados cara a cara. Esto se concibe debido al orden de los versos en las Escrituras; primero está escrito: «El Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra» y, a continuación, «no existía un hombre que cultivara la tierra» [ibid], lo cual significa que el hombre era aún imperfecto, pues sólo cuando Eva fue perfeccionada fue perfeccionado él a su vez. Una prueba más la constituye el que en la palabra vayisgor [y él cerró], por primera vez en este pasaje aparezca la letra samekh, que significa «apoyo», que equivale a decir que el varón y la hembra ahora se apoyaban uno en el otro. De manera semejante, el mundo inferior y el superior se sostienen uno al otro. No fue hasta que el mundo inferior se perfeccionó, que el otro a su vez fue perfeccionado. Cuando el mundo inferior tuvo que apoyar al superior siendo volteado cara a cara con él, el mundo fue terminado, ya que anteriormente «el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra».

Entonces «una bruma cubrió la tierra» [Gen. 2: 6], para satisfacer la carencia «mojando toda la faz de la tierra» [ibid.]; y la bruma que se levanta es el deseo de la mujer por el hombre. Aun así, otra interpretación dice que sacamos la palabra «no» del primer verso para usarla en el segundo don «bruma», y esto significa que Dios no mandó la lluvia porque una bruma no se había levantado, ya que desde el mundo inferior debe provenir el impulso que ponga al mundo superior en movimiento. Así, para formar la nube, el vapor asciende primero desde la tierra. Y de igual modo el humo de los sacrificios asciende, creando armonía en las alturas y la unión de todo; así la esfera celestial llega a estar completa. Es desde abajo que se inicia el movimiento y de ahí que todo se perfeccione. Si la Comunidad de Israel no hubiera iniciado el impulso, el que habita en las alturas tampoco se habría movido hacia ella; así el deseo de abajo es lo que causa que todo en las alturas se complete.

Varón y hembra

El Rabino Simeón se dirigió a Tiberiades y con él estaban el Rabino Yose, el Rabino Judah y el Rabino Hiyya. En el camino, vieron al Rabino Phineas que venía a su encuentro. Todos desmontaron y se sentaron al pie de la montaña, bajo un árbol. El Rabino Phineas habló: Mientras estamos aquí sentados me gustaría oír algunas de esas maravillosas ideas que constituyen su discurso cotidiano.

Luego, el Rabino Simeón habló, y comenzó con el texto:

«Y durante sus jornadas desde el Sur, fue desde Beth-el hasta el lugar donde había estado su tienda en un principio, entre Beth-el y Ai» [Gen. I: 3: 3]. Dijo: Aquí podríamos haber esperado encontrado la palabra «jornada»; pero en vez de esto, leímos «jornadas», que pretende significar que, durante la jornada, con él estaba la Divina Presencia. Corresponde al hombre ser siempre «varón y hembra», para que su fe permanezca estable y para que la Presencia nunca lo abandone. Y preguntarán ustedes: ¿Cómo podrá hacer eso el hombre que, lejos de su mujer, realiza una jornada y deja de ser «varón y hembra»? Tal ser, antes de comenzar la jornada y mientras aún es «varón y hembra», deberá pedir a Dios que lleve hasta él la Presencia de su Maestro. Después de que haya rezado y dado gracias y una vez que la Presencia descanse en él, entonces podrá irse, pues en virtud de su unión con la Presencia ahora es varón y hembra en el campo, tal como era varón y hembra en la ciudad; está escrito: «El bien [zedek, femenino de zaddik] deberá ir delante de él y le abrirá el paso» [Salmos 85: 14].

Nótese lo siguiente. Durante todo el tiempo de su viaje, el hombre debe tener mucho cuidado con sus actos, con objeto de que la sagrada unión no se rompa y él se tome imperfecto, privado de la unión con la hembra. Si se sentía la necesidad del bien cuando él y su esposa estaban juntos, ¿cuánto mayor sería ésta cuando la pareja celestial estuviera con él? Y, más aún, ciertamente, si esta pareja celestial actúa como su guardián constante durante el viaje hasta su regreso a casa, incluso es obligación del varón, una vez de vuelta en el hogar, dar placer a su mujer, ya que gracias a ella, él obtuvo la unión celestial.

Existen dos razones para esta obligación de cohabitar. Primero, este placer es religioso, da alegría también a la Divina Presencia y es un instrumento de paz en el mundo, tal como está escrito: «Y tú sabrás que tu tienda está en paz y visitarás tu habitación y no pecarás» [Job 5: 24].

(Preguntarán: ¿Es pecado que él no pueda penetrar a su esposa? Es pecado, pues en su impotencia, él es indigno del honor de ser compañero celestial, que le fue dado gracias a su esposa.) Segundo, si su esposa concibiera, la Divina Presencia confiere al niño un alma sagrada, pues este pacto es conocido como el pacto del Ser Supremo, bendito sea.

Por tanto, el hombre debe ser tan celoso al gozar de este placer como al gozar del placer del Sabbath, en cuyo tiempo se consuma la unión de los sabios con sus esposas. Así, «sabrás que tu tienda está en paz», pues la Presencia te acompaña y habita en tu casa y, por esta razón, «visitarás tu habitación y no pecarás», al llevar a cabo con alegría la obligación religiosa de tener relaciones conyugales ante la Presencia.

Así es que los estudiosos de la Torah, lejos de sus esposas durante los seis días de la semana que le dedican al estudio, se encuentran en este lapso unidos a un compañero celestial, y no dejan de ser «varón y hembra». Y con el advenimiento del

Sabbath, a ellos corresponde alegrar a sus mujeres en honor de la unión celestial, y tratar de hacer la voluntad de su Maestro, como se ha establecido.

De igual modo, cuando la esposa de un hombre está en sus días de separación, en esos días, mientras él la espera, el hombre tiene consigo al compañero celestial y continúa siendo «varón y hembra». Cuando la esposa queda purificada, el hombre tiene la obligación de agradarla en la gozosa satisfacción de una obligación religiosa. Las mismas razones que hemos dado, se aplican a este caso.

De acuerdo con la doctrina secreta, los místicos han de ofrecer toda su mente y propósito al Uno [el Shekhinah]. Podría objetarse que, a la luz del argumento anterior, un hombre está en un estado de mayor honor durante un viaje que cuando está en casa, pues el compañero celestial está con él. Esto no es verdad. En casa, la esposa es el fundamento del hogar del hombre, ya que gracias a ella, la Presencia no se aleja de ahí.

Así, el verso «e Isaac la llevó a la tienda de Sarah, su madre» [Gen. 24: 67], según la interpretación de nuestros maestros, significa que la Divina Presencia vino a la casa de Isaac junto con Rebecca. De acuerdo con la doctrina secreta, la Madre Suprema está junto con el varón sólo cuando la casa está lista, y en ese momento el varón y la hembra están unidos. En un momento así, la Madre Suprema les manda bendiciones.

De igual modo, la Madre Inferior se encuentra junto al varón sólo cuando la casa está lista y él y la hembra se unen; entonces, las bendiciones de la Madre Inferior caen sobre ellos. Por lo tanto, dos hembras, su Madre y su Esposa, deben agradar al hombre en su casa. Hay referencia a esto en el verso: «En [ad] el deseo de los montes eternos» [Gen. 49: 26]. Este ad es el objeto deseado de los «montes eternos», lo cual significa la hembra suprema que debe arreglarse para él y hacerla dichoso y bendecirlo y también la hembra inferior, que deberá reunirse con él, unirse a él y recibir apoyo de él.

No de otra manera en el mundo inferior, el deseo de los «montes eternos» es para el hombre cuando se casa y dos hembras, una del mundo superior y otra del inferior, habrán de darle dicha —la del mundo superior haciendo llover sobre él todo tipo de bendiciones, y la del mundo inferior recibiendo apoyo de él y uniéndose a él—. Así sucede con el hombre en la casa. Pero cuando está de viaje, mientras la Madre Suprema todavía se halla con él, la esposa del mundo inferior permanece atrás; y por tanto, a su regreso, corresponde a él hacer aquello que establezca la armonía entre él y dos hembras, tal como lo hemos explicado.

Fuego que consume

El Rabino Simeón dijo: en un lugar está escrito: «Pues el Señor tu Dios es un

fuego que consume» [Deut. 4: 24]; y en otra parte: «Pero ustedes los que están unidos al Señor su Dios, están vivos, todos y cada uno de ustedes, este día» [Deut. 4: 4]. Los demás han discutido ya la aparente inconsistencia entre estos textos, pero yo ofrezco aún otra interpretación.

Se ha afirmado que existe un tipo de fuego que es más fuerte que otro, y el uno consume y aniquila al otro. Si continuamos este pensamiento, puede decirse que aquel que penetra el misterio de la unidad sagrada de Dios, deberá considerar la Hama tal como se alza desde un carbón ardiente o una vela.

Siempre deberá existir alguna sustancia material de la cual la Hama se levanta. En la Hama en sí pueden verse dos luces: la una blanca y brillante, la otra negra o azul. De las dos, la luz blanca es la más alta y se alza con firmeza. Debajo de ella se encuentra la luz azul o negra, sobre la cual la otra descansa como en una base. Las dos están unidas, la blanca reposa en el trono de la negra. La base negra o azul está, de igual modo, en contacto con algo que, debajo de ella, la alimenta y la hace colgar de la luz blanca. A veces esta luz azul o negra se vuelve roja, pero la luz de arriba permanece constantemente blanca. Esta luz inferior, a ratos negra, a ratos azul, a ratos roja, sirve para ligar la luz blanca con la sustancia material debajo de sí y gracias a la cual se mantiene encendida. Esta luz inferior es, por naturaleza, un instrumento de destrucción y muerte que devora todo aquello que se le acerca. Pero la luz blanca ni consume, ni demuele, ni cambia jamás.

Así pues, Moisés dijo: «Pues el Señor tu Dios es un fuego que consume» [Deut. 4: 24]. Consume, en efecto, todo lo que se encuentra debajo suyo; por esta razón, él dijo «tu Dios» y no «nuestro Dios», ya que Moisés permaneció de pie en la luz suprema que no consume y no demuele.

Hay que hacer aún mayor hincapié. Es solamente Israel quien hace que la luz azul se encienda y se una con la luz blanca; Israel, quien se une a la luz azul de abajo. Y aunque sea propio de la naturaleza de la luz azul o negra destruir todo aquello que toca, aun así, Israel, uniéndose a ella, no se destruye. Así está escrito: «Pero ustedes los que están unidos al Señor su Dios, están vivos, todos y cada uno de ustedes, este día». Su Dios, y no nuestro Dios; es decir, la llama azul o negra consume o aniquila todo lo que se une a ella desde abajo, pero, así y todo, ustedes se unen y están vivos.

Apenas perceptible sobre la luz blanca y acompañándola, hay una luz más: ésta simboliza la esencia suprema. También lo hace la llama que aspira y simboliza los supremos misterios de la sabiduría.

El Rabino Phineas se dirigió a él y lo besó, y dijo, Bendito sea Dios que me guió hasta aquí. Y salieron con el Rabino Phineas y lo acompañaron durante tres millas. Cuando hubieron regresado, el Rabino Simeón habló: La descripción que he dado puede tomarse como símbolo de la sagrada unidad de Dios. En el nombre sagrado Y H V H^[3], la segunda letra, hé, es la luz azul o negra pegada a las letras restantes, yod, hé, vav, que constituyen la luminosa luz blanca. Pero hay épocas en que la luz azul no es hé sino dalet, que quiere decir pobreza; esto significa que cuando Israel no es

capaz de, unirse a ella desde abajo, por tanto, tampoco es capaz de arder y unirse a la luz blanca; la luz azul es dalet, pero cuando Israel la hace unirse a la luz blanca, entonces es hé. Si varón y hembra no están juntos, hé se borra y sólo queda dalet [pobreza]. Pero cuando la cadena es perfecta, el hé se une a la luz blanca e Israel se une al hé y otorga sustancia para su luz, y aun así no es destruida.

En esto vemos el misterio del sacrificio. El humo que se alza, enciende la luz azul, que luego se une a la luz blanca, y sucede que toda la vela está encendida totalmente, y brilla en una sola llama unificada. Como es propio de la naturaleza de la luz azul demoler todo aquello que se pone en contacto con ella desde abajo, por tanto, si el sacrificio es aceptable y la vela queda totalmente encendida, entonces, como con Elyah, «el fuego del Señor desciende y consume la ofrenda quemada» [1 Reyes 18: 38]; esto revela que la cadena ha sido perfeccionada pues la luz azul se une a la luz blanca, mientras que al mismo tiempo consume la grasa y la carne de la ofrenda quemada abajo, y no puede consumir lo que está abajo a menos que se alce y se una a la luz blanca. En un momento así, la paz reina en todos los mundos, y todos juntos forman una unidad.

La luz azul, habiendo devorado toda luz debajo, logra que los sacerdotes, los Levitas y los seglares se reúnan en su base con cantos y meditación y con oraciones, mientras encima de ellos la lámpara arde, las luces se mezclan en una unidad, los mundos se iluminan, y arriba y abajo todo queda bendecido. Por lo tanto, está escrito: «Ustedes los que están unidos al Señor su Dios, están vivos, todos y cada uno de ustedes, este día». La palabra atem [ustedes] está aquí precedida por la letra vav [y], que indica que mientras la grasa y la carne que se unen a la flama son devorados por ella, ustedes los que se unen a ella están vivos todavía.

Abandono de la vida

Cuando un hombre está listo para abandonar la vida, Adán, el primer hombre, aparece frente a él y le pregunta por qué se va del mundo y en qué condiciones. El hombre dice: Desdichado, por tu causa he de morir.

Adán responde: Hijo mío, sólo un mandamiento no cumplí y se me castigó por ello; mira cuántos son los mandamientos de tu Maestro, tanto de lo que se debe como de lo que no se debe hacer, que tú has transgredido.

Dijo el Rabino Hiyya: Hasta este día, Adán existe y dos veces al día se pone de pie ante los patriarcas y confiesa sus transgresiones y les muestra el lugar donde una vez habitó en gloria celestial.

El Rabino Yesa dijo: Adán aparece ante todos los hombres en el momento en que están a punto de abandonar la vida con objeto de declarar que el hombre está muriendo no por el pecado de Adán, sino por sus propios pecados, tal como los

sabios dijeron: ' «No hay muerte sin pecado».

Las tres costas del espíritu

«Y Noé tuvo tres hijos» [Gen. 6: 10].

El Rabino Hiyya dijo al Rabino Judah: Acerca de este texto, les diré lo que he escuchado. Esto puede compararse con un hombre que se dirigió a las entradas de una cueva, y dos o tres niños salieron juntos de ahí, bastante distintos unos de otros en cuanto a carácter y comportamiento: uno era virtuoso, otro mezquino, y el tercero común y corriente. De igual modo, existen tres costas del espíritu que se mueven de acá para allá y se colocan en tres mundos distintos. Neshamah [el alma suprema]^[4] sale al frente y va por entre los caminos de la montaña y ahí se reúne con ruah [el espíritu]. Luego, desciende al mundo inferior y ahí nefesh [alma vital]^[5] se reúne con ruah y los tres se constituyen en una unidad^[6].

El Rabino Judah dijo: Nefesh y ruah están unidos, mientras que neshamah tiene su morada en el personaje de un hombre, este lugar permanece desconocido y sin descubrir. Si un hombre lucha por alcanzar una vida pura, ahí el sagrado neshamah viene en su ayuda: así se hace puro y merece el nombre de santo. Pero si no lucha por ser bueno y puro en la vida, entonces el sagrado neshamah no lo anima, sino sólo los dos grados nefesh y ruah. Más aún, aquel que entra a la impureza es llevado más allá en ella y queda desprovisto de ayuda celestial. Así, cada uno es empujado hacia el camino que toma.

El más alto grado de fe

El «alma» [nefesh] se halla en íntima relación con el cuerpo, nutriéndolo y sustentándolo; está abajo, en el primer movimiento. Habiendo adquirido el valor merecido, se convierte en el trono para el «espíritu» [ruah] para descansar, como está escrito, «hasta que el espíritu se derrame sobre nosotros desde las alturas» [Isa. 32: 15]. Y cuando estos dos, alma y espíritu, se hayan puesto a tono, serán dignos de recibir al «alma suprema» [neshamah], descansando a su vez sobre el trono del espíritu [ruah]. El alma suprema se erige preeminente y no puede ser percibida. Hay trono sobre trono, y para el más alto, un trono.

El estudio de estos grados del alma permite una comprensión de la sabiduría más alta; y es de esta manera que la sabiduría sola otorga la posibilidad de unión de un número de misterios. Es nefesh, el movimiento más bajo, al que se adhiere el cuerpo. Tal como sucede con la flama de una vela, la luz oscura del fondo se adhiere al

pabulo, sin el cual no puede ser. Cuando se ha encendido por completo, se hace un trono para una luz no del todo discernible, una esencia inconocible que reposa sobre la luz blanca, y así en todo llega a ser la luz perfecta.

Lo mismo ocurre con el hombre que llega a la perfección y recibe el nombre de «santo», como dice el verso, «para los Santos que están en la tierra» [Salmos 16: 3].

Algo parecido sucede en el mundo superior. Así, cuando Abram entró a la tierra, Dios se le apareció y Abram recibió el nefesh y ahí levantó un altar del mismo grado [de divinidad]. Luego «viajó hacia el Sur» [Gen. 12: 9] y recibió el ruah. Al fin llegó a la cima de la unión con Dios gracias al neshamah, y ahí «construyó un altar para el Señor», lo cual significa el grado inefable que es el de neshamah. Luego, viendo que debía ponerse a prueba y pasar por los distintos grados, viajó hacia Egipto. Ahí resistió la seducción de las esencias demoniacas y, cuando se hubo probado a sí mismo, regresó a su morada. En efecto, «salió de Egipto» [Gen. 13: 1], su fe fue fuerte y confirmada, y alcanzó el último grado de fe. Desde entonces, Abram conoció la sabiduría más alta y se unió a Dios, y se convirtió en la mano derecha del mundo.

Medianoche

El Rabino Abba salió de Tiberiades rumbo a la casa de su suegro. Con él iba su hijo, el Rabino Jacob. Cuando hubieron llegado a Kfar Tarsha, se detuvieron para pasar ahí la noche. El Rabino Abba le preguntó al anfitrión:

¿Tienes un gallo aquí? El anfitrión contestó: ¿Por qué? El Rabino Abba dijo: Deseo levantarme exactamente a medianoche. El anfitrión replicó: No se necesita un gallo. Junto a mi cama hay un reloj de agua. El agua cae gota a gota hasta que, justo a medianoche sale toda, y luego gira para atrás con un estruendo que despierta a todos los que aquí habitan. Este reloj se lo hice a cierto viejo que tenía el hábito de levantarse diariamente a medianoche a estudiar la Torah. A esto, el Rabino Abba dijo: Bendito sea Dios que guió mis pasos hasta este lugar.

La rueda del reloj giró para atrás a la medianoche y el Rabino Abba y el Rabino Jacob se despertaron. Escucharon la voz de su anfitrión que venía desde la planta baja, donde estaba sentado con sus dos hijos diciéndoles:

Está escrito. «Medianoche me levantaré a darte gracias a Ti por Tus buenos juicios» [Salmos 119: 62]. La palabra «a» no es empleada, así que asumimos que «medianoche» es un apelativo del Ser Supremo, bendito sea, al cual habla David de este modo porque la medianoche es la hora en que Él aparece con su séquito y va al Jardín del Edén a conversar con todos los justos. El Rabino Abba dijo entonces al Rabino Jacob: Ahora sí que tenemos suerte de estar con la Presencia.

Y fueron y se sentaron junto a su anfitrión y dijeron: Dinos de nuevo aquello que acabas de decir y que es tan bueno. ¿Dónde lo escuchaste? Él replicó: Mi abuelo me

lo contó. Me dijo que los ángeles acusadores allá abajo están vigilando el mundo durante las tres primeras horas de la noche, pero exactamente a la medianoche las acusaciones se detienen pues en este momento Dios entra al Jardín del Edén.

Él continuó: Estas ceremonias, arriba, ocurren en la noche nada más, exactamente a la medianoche, y esto lo sabemos por lo que está escrito acerca de Abraham, que «la noche se dividió por ellos» [Gen. 14: 15], y del verso «y esto vino a suceder a la medianoche» en la historia del Éxodo [Éxodo 12: 29], y de numerosos pasajes más en las Escrituras. David lo sabía, según relató el viejo, pues de eso dependía su reinado. Y así estaba acostumbrado a levantarse a esta hora y a cantar en alabanza; por eso, al dirigirse a Dios lo llamaba «Medianoche». Dijo también: «Me levantaré a darte gracias a Ti por Tus buenos juicios», pues sabía que esta esfera contenía la fuente de la justicia, con juicios de reyes terrenales que de ahí se derivaban, y por esta razón, David nunca dejó de levantarse y cantar en alabanza a esta hora.

El Rabino Abba fue a él y lo besó y dijo: Ciertamente, todo es tal como tú lo dices. Bendito sea Dios, que ha guiado mis pasos hasta aquí. En todo lugar, el juicio se lleva a cabo de noche y esto lo hemos afirmado con certeza, lo hemos discutido ante el Rabino Simeón.

Al oír esto, el joven hijo del guardián preguntó: ¿Por qué entonces dice «Medianoche»?

El Rabino Abba replicó: Queda asentado que el Rey celestial se levanta a medianoche.

El muchacho dijo: Tengo una explicación diferente.

Entonces, el Rabino Abba dijo: Habla, hijo mío, porque a través de tu boca hablará la voz de la lámpara^[7].

Él contestó: Esto es lo que he oído. En verdad, la noche es el momento de juicio estricto, un juicio que se emite imparcialmente en todas partes. Pero la medianoche sale de dos partes, del juicio y de la misericordia; la primera mitad, sólo de la noche, corresponde al periodo del juicio, mientras que la segunda mitad toma la iluminación del lado de la misericordia [hesed]. De donde David dijo «Medianoche».

Ante esto, el Rabino Abba se puso de pie y posó las manos sobre la cabeza del muchacho y lo bendijo diciendo: Yo pensaba que la sabiduría habitaba sólo en unos cuantos privilegiados hombres piadosos. Pero percibo que aun los niños están dotados de sabiduría celestial en la generación del Rabino Simeón. ¡Dichoso eres, Rabino Simeón! ¡Desdichada será la generación cuando la hayas abandonado!

La bendición de Jacob

Las bendiciones de Jacob, que le fueron otorgadas en diversos tiempos, fueron muchas ciertamente. Primero, mediante el uso de la astucia le fue posible recibir las

bendiciones de su padre; y de regreso de Labán, recibió una bendición de la Divina Presencia, como está escrito, «Y Dios [Elohim] bendijo a Jacob» [Gen. 35: 9]. Y aún otra bendición le fue dada cuando se dirigió a Padan-Aram; su padre lo bendijo de esta sapiencia: «Que el Dios Todopoderoso te bendiga...» [Gen. 28: 3].

Entonces Jacob, viendo que tenía todas estas bendiciones para su uso, consideró el asunto pensando: Ahora bien, ¿cuál de estas bendiciones deberé usar primero? Entonces decidió en ese momento servirse de la última, que también era la menor. Pues, aun cuando sabía que tenía peso en sí misma, la veía como la menos poderosa en cuanto al posible dominio sobre este mundo. Por tanto, dijo Jacob: Haré uso de esta bendición ahora mismo; las demás las guardaré para el tiempo en que yo y mi descendencia las necesitemos, es decir, el tiempo en que las naciones todas se reúnan para borrar mi posteridad en el mundo.

Adecuadas a Jacob son las palabras: «Todas las naciones me rodean; verdaderamente, en nombre del Señor las enfrentaré. Ellas me rodean, sí, ellas me rodean... Me rodean como abejas» [Salmos 118: 1012]. Tres veces vemos las palabras «me rodean», que corresponden a las otras tres bendiciones: la primera bendición de su padre, la bendición de Dios y, la tercera, la bendición del ángel.

Jacob dijo: Cuando llegue el momento de ir contra los muchos reyes y naciones, entonces estas bendiciones serán necesarias; así, las tendré guardadas para ese momento, pero para enfrentarme a Esaú, esta bendición me será útil.

Él puede compararse con un rey que tiene bajo su mando muchas cohortes de soldados dirigidos por capitanes hábiles, listos para ponerse en combate contra la más fuerte adversidad. El rey es informado que un ladrón de caminos asola el campo, y da órdenes: Que mis guardas de las puertas vayan a luchar contra él. Se le pregunta: ¿No tienes a otros a quienes mandar de entre tus múltiples cohortes más que a estos guardas de las puertas? Él responde: Ellos podrán luchar contra el ladrón. Llegará un día en que necesitaré luchar contra un terrible enemigo, y para ese momento debo guardar mis tropas y capitanes.

Así habló Jacob: Contra Esaú, estas bendiciones son suficientes; pero las otras bendiciones debo reservarlas hasta que llegue el día en que mis descendientes las necesiten para tomar su lugar en contra de los grandes gobernantes del mundo.

Cuando llegue ese momento, estas bendiciones comenzarán a funcionar y el mundo estará en armonía. De entonces en adelante, el único reino prevalecerá por sobre todos los demás reinos, y durará para siempre, como está escrito: «Hará pedazos y consumirá a todos estos reinos, y permanecerá para siempre» [Dan. 2: 44].

Con respecto a las bendiciones de Jacob, el Rabino Hiyya citó el verso: «Un vestigio habrá de volver, aun el vestigio de Jacob» [Isa. 10: 21]. El Rabino Hiyya dijo: esto se refiere a las demás bendiciones. Más adelante está escrito: «Y el vestigio de Jacob deberá estar entre la gente como el rocío del Señor cuando cae sobre el pasto» [Macab, 5: 6].

El Rabino Yesa dijo: Está escrito: «Que el hijo rinda honores a su padre y el

serviente a su amo» [Ma. 1: 6]. Esaú fue un hijo tal, pues ningún hombre sobre la tierra rindió honores tan grandiosos a su padre como Esaú, lo cual le otorgó dominio sobre el mundo. Eliezer, el sirviente de Abraham, ejemplificó el honor dado de un «serviente a su amo». Más aún, Israel fue sujeto de Esaú debido a las lágrimas que Esaú derramó, y esto será así hasta que llorando ellos regresen al Ser Supremo, bendito sea, como está escrito: «Ellos vendrán bañados en llanto» [Jer. 31: 9]. En ese momento se cumplirá la profecía: «Y los salvadores vendrán al monte Zion, para juzgar el monte de Esaú; y el reino será del Señor» [abad. 1: 21]. Bendito sea el Señor, por siempre jamás.

Mejor que José

Sentado un día a las puertas de Lydda, el Rabino Abba vio a un hombre que se acercaba e iba a sentarse en un borde sobresaliente en la tierra, allá abajo. El hombre estaba fatigado del viaje y se quedó dormido. El Rabino Abba observó que una serpiente se arrastraba en dirección al hombre aquél; casi estaba junto a él cuando una rama cayó violentamente desde un árbol y la mató. Ahora el hombre despertaba y, al ver a la serpiente frente a él, brincó; en este instante, el borde se desmoronó y la tierra cayó al fondo del vacío.

El Rabino Abba se acercó al hombre y le dijo: Dime, ¿por qué Dios te ha considerado merecedor de milagros? ¿Qué has hecho?

Ante lo cual, el hombre respondió: Quienquiera que me haya hecho daño, en cualquier momento, siempre hice las paces con él y lo perdoné. Y si fui incapaz de estar en paz con él, entonces me contuve para no ir a descansar antes de perdonado, y junto con él, perdoné a todo aquel que me había ofendido; en ningún momento cavilé en la ofensa que el hombre aquél me había hecho; más bien, hice un esfuerzo especial de bondad a partir de entonces para con ese hombre.

El Rabino Abba, al escuchar lo anterior, lloró y dijo: Este hombre sobrepasa aun a José y a sus hechos; el hecho de que José mostrara paciencia para con sus hermanos era natural; pero este hombre ha hecho más que eso y es justo y necesario que el Ser Supremo, bendito sea, realice milagros en él en lo sucesivo.

Después, el Rabino Abba discurrió respecto del verso: «Aquel que camina derecho, camina seguro; pero aquel que tuerza su camino, será conocido» [Prov. 10: 9]. «Aquel que camine derecho», dijo; es decir, el hombre que sigue el camino de la Torah, sólo un hombre así, «camina seguro», y las fuerzas del mal en el mundo no le pueden hacer ningún daño; pero «aquel que tuerza su camino» y se aleje del sendero de la verdad, «será conocido», será marcado entre aquéllos designados para ser juzgados, quien mantendrá su imagen en mente hasta un momento así, e irá al lugar del juicio. Pero, respecto de aquél que camina por el sendero de la verdad, él queda

bajo la protección de Dios, así que los ejecutantes del juicio no pueden saber quién es. Dichosos aquellos que caminan por el sendero de la verdad.

La gran fiesta

En un estado de gran tristeza, el Rabino Isaac un día se sentó enfrente de la puerta del Rabino Judah. Al salir y verlo así, el Rabino Judah preguntó: ¿Qué te preocupa hoy?

El Rabino Isaac replicó: He venido a pedirte tres cosas. Primero, que cuando recites cualquiera de mis elucidaciones de la Torah, lo hagas en mi nombre. Segundo, te pido que instruyas a mi hijo José en la Torah. Y tercero, te pido que cada siete días vayas a mi tumba y hagas oración.

El Rabino Judah habló: ¿Por qué causa piensas que vas a morir?

Él respondió: Últimamente, mi alma me ha estado abandonando por la noche y no me ha iluminado con sueños como antes lo hacía. Además, cuando me inclino hacia adelante en oración, percibo que mi sombra no se proyecta en el muro y concluyo que esto ocurre porque el heraldo se ha adelantado y está proclamando algo acerca de mí.

El Rabino Judah dijo entonces: Haré lo que dices. Pero a cambio te pido que me guardes un lugar a tu lado en el otro mundo para estar juntos como aquí.

El Rabino Isaac lloró y respondió: Te ruego que permanezcas a mi lado el resto de mis días.

Juntos fueron con el Rabino Simeón, que estaba dedicado al estudio de la Torah. El Rabino Simeón alzó los ojos, vio al Rabino Isaac y, ante él, corriendo y bailando, al Ángel de la Muerte; el Rabino Simeón fue hasta la puerta caminando y, tomando al Rabino Isaac de la mano, le dijo: Declaro que aquél que suela entrar, entre, y aquél que no, no entre. Luego, el Rabino Isaac y el Rabino Judah entraron, y el Ángel de la Muerte se mantuvo afuera.

Al ver al Rabino Isaac, el Rabino Simeón percibió que su hora todavía no había llegado, pero que tenía pausa hasta la octava hora del día, e hizo que el Rabino Isaac se sentara a estudiar la Torah. Luego, el Rabino Simeón dijo a su hijo, el Rabino Eleazar: Siéntate junto a la puerta y no hables con nadie, y si alguien quisiera entrar, no se lo permitirás y de esto responderás con tu palabra.

Y se dirigió al Rabino Isaac: ¿Has visto hoy el rostro de tu padre? Sabemos que cuando a un hombre le llega la hora de irse de este mundo, se encuentra rodeado de su padre y sus parientes, y los mira, los reconoce y ve a todos aquellos que habían sido sus compañeros en este mundo; y ellos acompañan a su alma a la nueva morada que tendrá.

A esto, el Rabino Isaac respondió: Aún no he visto.

Entonces, el Rabino Simeón se levantó y dijo: ¡Maestro del Universo! El Rabino

Isaac es ilustre entre nosotros y uno de los siete ojos del mundo. Está en mi casa, por tanto, que se quede conmigo.

Luego, se escuchó una voz: El trono de su Señor está cerca de las alas del Rabino Simeón. He aquí que él es tuyo y te acompañará cuando entres a hacer tu morada en tu trono. Ahora, el Rabino Eleazar vio que el Ángel de la Muerte se acercaba, y él le dijo: La Muerte no puede dictar su sentencia en el lugar donde está el Rabino Simeón.

El Rabino Simeón entonces llamó a su hijo: Ven acá y sé el apoyo del Rabino Isaac porque veo que está temeroso.

El Rabino Elcazar lo hizo y el Rabino Simeón se fue a estudiar. Ahora el Rabino Isaac se quedó dormido y en un sueño él contempló a su padre quien le decía: Hijo mío, tu grey es dichosa en este mundo y en el mundo por venir. Por esta razón, entre las hojas del árbol de la vida, en el Jardín del Edén, se erige un gran árbol que es el Rabino Simeón ben Yohai, poderoso en ambos mundos; él te protege con sus ramas.

El Rabino Isaac le preguntó: Padre, ¿qué porción me corresponde aquí?

Él replicó: Hace tres días, tu recámara fue techada y se arregló para ti, con ventanas en los cuatro lados para permitir que entrara la luz, y cuando vi tu morada me dio gran alegría y dije: Tu porción es dichosa, sólo que tu hijo aún no ha aprendido lo suficiente de la Torah. Y mira ahora, doce Compañeros de bien deseaban mucho ir a visitarte y justo cuando nos disponíamos a irnos, una voz surgió por todos los mundos, clamando: Ustedes, Compañeros que aquí se encuentran, sientan orgullo por el Rabino Simeón quien ha hecho una petición y le ha sido concedida^[8].

Y más aún; todavía quedan por encontrar aquí setenta sitios coronados que son suyos, y cada sitio tiene puertas que abren setenta mundos, y cada mundo abre setenta canales y cada canal abre setenta coronas supremas, y de ahí salen caminos que llevan al Ancestro Inescrutable^[9], abriendo una vista de ese placer celestial que da una brisa e iluminación a todos, tal como está dicho: «Para ver la dicha del Señor y visitar Su templo» [Salmos 27: 4].

Entonces, el Rabino Isaac preguntó: Padre, ¿cuánto tiempo se me ha concedido para permanecer en este mundo?

Él replicó: No me está permitido revelar esto, ni es algo que se le muestre al hombre. Sin embargo, cuando la gran fiesta del Rabino Simeón^[10] se lleve a cabo, ustedes prepararán su mesa.

El Rabino Isaac ahora despertó y su rostro mostró una sonrisa.

Al observar esto, el Rabino Simeón habló: ¿No has escuchado algo?

Sí, replicó; y le relató su sueño y se postró ante el Rabino Simeón.

Desde ese día, según se cuenta, el Rabino Isaac celosamente enseñó la Torah a su hijo, a quien siempre mantuvo a su lado. Cuando iba a conversar con el Rabino Simeón, solía dejar a su hijo afuera, y sentándose junto al Rabino Simeón, se aplicaba a sí mismo las palabras: «Oh, Señor, estoy oprimido, sé mi luz» [Isa. 38: 14].

Hemos aprendido que cuando a un hombre le llega su hora de irse de este mundo,

en ese día temido los cuatro cuadrantes del mundo lo denuncian y los castigos se aparecen de los cuatro lados, y los cuatro elementos entran en disputa, cada uno clamando irse a su propio lado. Entonces, un heraldo sale y proclama y la proclama es escuchada en doscientos setenta mundos. Si el hombre lo merece, él es gozosamente recibido en todos los mundos, pero si no, ¡desdichado sea el hombre y su pueblo!

Hemos aprendido que ante la proclamación del heraldo, surge una llama del Norte que atraviesa la «corriente de fuego» [Dan. 7: 10], y se divide para pasar a los cuatro cuadrantes del mundo para ahí consumir las almas de los pecadores. Después de lo cual, se marcha y se dispara hacia arriba y hacia abajo hasta que se establece entre las alas de un gallo negro que entonces agita sus alas y grazna en el umbral de la reja. Primero grita: «Pues he aquí que llegará el día en que arderá como el fuego del hogar...» [Mal. 3: 19]. La segunda vez grita: «Pues, miren. Aquél que formó las montañas y creó el viento y declaró al hombre su pensamiento» [Amos. 4: 13]; ésta es la ocasión en que los hechos del hombre presentan testigos en su contra y él los acepta como suyos. La tercera vez, vienen a arrebatarse el alma, y el gallo canta: «¿Quién no Te temerá a Ti, oh Rey de las naciones? Pues es digno de Ti» [Jer. 10: 7].

El Rabino Yose dijo: ¿Por qué ha de ser un gallo negro?

Y el Rabino Judah replicó: Un significado místico yace en todo aquello que el Todopoderoso hace. Sabemos que el castigo cae sólo en un lugar similar a él. Siendo el negro símbolo del lado del juicio, la llama, al ir hacia adelante, ilumina las alas de un gallo negro que es el más digno.

Así es que cuando se acerca la hora del juicio del hombre, comienza a llamarlo; y sólo el que sufre sabe, como hemos visto, que un nuevo espíritu entra desde arriba a un hombre que descansa enfermo, cuya hora de partida del mundo está cerca, y es en virtud de este nuevo espíritu que él percibe lo que no podía percibir antes, y luego se va del mundo. Así queda escrito: «Pues el hombre no podrá verme y vivir» [Éxodo 33: 20]; durante la vida, no; pero, a la hora de la muerte, le es permitido.

Vemos, más aún, que a un hombre, en la hora de su muerte, le es permitido contemplar a sus parientes y compañeros del otro mundo. Todos ellos se alegran por él, y le dan la bienvenida si él es bueno, pero si no, entonces sólo los pecadores que a diario son arrojados al Gehinnom lo reconocen. Todos se han entristecido y, «¡Desdichados!», comienza y termina su plegaria. Alzando los ojos al cielo, él los mira como una llama que se proyecta desde el fuego y junto con ellos exclama: «¡Oh, desdicha!»

Hemos visto que cuando el alma de un hombre abandona el cuerpo, se reúne con sus parientes y compañeros del otro mundo quienes la guían hasta el ámbito del goce y el sitio de la tortura. Si es bueno, él ocupará su lugar y ascenderá y estará ahí instalado gozando de los placeres del otro mundo. Pero si no, entonces su alma permanece en este mundo hasta que su cuerpo reciba sepultura en la tierra, después de lo cual los verdugos lo apresan y lo arrastran hasta la presencia de Dumah,

príncipe de Gehinnom que lo conduce al nivel que le corresponde en Gehinnom.

El Rabino Judah dijo: Durante siete días el alma va de su casa a su tumba y de su tumba a su casa, de un lado al otro, de luto por el cuerpo, de acuerdo con el verso: «Pero su carne sufrirá dolor por él y su alma guardará luto por él» [Job 14: 22], y así como contempla la pena de la casa, también se aflige.

Ahora sabemos que al término de los siete días, el deterioro del cuerpo se instala y el alma entonces se pone en su lugar. Primero se le permite entrar a la cueva de Machpelah hasta un cierto punto, puesta en armonía con sus méritos. Luego llega al lugar donde se halla el Jardín del Edén y ahí se encuentra con el querubín y la espada Damígera que se halla en el bajo Jardín del Edén y, si se le considera digna, podrá entrar.

Sabemos que ahí cuatro pilares están esperando, y en sus manos tienen la forma de un cuerpo cuyas vestiduras el alma gozosamente se pone y después permanece en el círculo del Bajo Jardín que le ha sido otorgado en el tiempo antes dicho. Después, un heraldo hace la proclama y ahí es presentado un pilar de tres tonos llamado «la habitación del monte Sión» [Isa. 4:5]. Junto a este pilar asciende el alma hasta la reja de la bondad donde se hallan Sión y Jerusalén. Dichosa el alma considerada digna de ascender más alto, pues entonces se reúne con el Cuerpo del Rey. Si no merece ascender más alto, entonces «aquél que se quede en Sión y aquél que permanezca en Jerusalén será llamado santo» [Isa. 4: 3]. Pero cuando al alma le es concedido ascender más alto, entonces ve frente a ella la gloria del Rey y le es otorgado el placer supremo de la región que recibe el nombre de Ciclo. Dichoso aquel que reciba esta gracia.

El Rabino Yose dijo: Existe una gracia alta y una gracia baja. La gracia alta se halla sobre los ciclos como está escrito: «Pues Tu misericordia es grande bajo los cielos» [Salmos 108: 5]. Y respecto de la gracia baja dice: «Pues Tu misericordia es grande en los cielos» [Salmos 57: 11], y a ésta última pertenecen las «fieles misericordias de David» [Isa. 55: 3].

La muerte de Jacob

«Y los días en que Israel debía morir estaban cerca» [Gen. 47: 29].

El Rabino Hiyya dijo: Aquí, en la mención de su muerte, el nombre de Israel está escrito, mientras arriba, al hablar de su vida, recibe el nombre de Jacob, como está escrito: «Y Jacob vivió...» [Gen. 47: 28]. ¿Por qué ocurre esto? El Rabino Yose replicó: Nótese ahora la palabra «días». No resulta extraño, pues un hombre muere sólo en un día, o mejor dicho, en un instante.

La razón, no obstante, es ésta: Cuando Dios ha decidido recibir nuevamente el espíritu de un hombre, pasa revista sobre todos los días de la vida del hombre en este

mundo.

Y dichoso el hombre cuyos días están cerca de pasar ante el Rey sin culpa alguna, sin que uno solo sea rechazado debido a algún pecado en él contenido. Así pues, se dice que los buenos «están cerca» ya que sus días están cerca de pasar ante el Rey sin culpa alguna. Y, desgraciado sea el malvado cuyos días se pasan en pecado y no se registra abajo y, por tanto, sus días no pueden estar cerca. De ellos queda dicho: «Los caminos del malvado son como la oscuridad; no saben ante qué se tambalean» [Prov. 4: 19].

Así pues, está escrito que los días de Israel «estaban cerca», sin culpa alguna y con gozo inmaculado; por lo tanto, se usa el nombre de Israel como significado de una perfección mayor que el nombre de Jacob.

El Rabino Yose dijo: Hay algunos hombres buenos que, al tener los días contados, se alejan del Rey, y otros hay cuyos días se acercan al Rey, y su pueblo está bendito, y entre éstos estaba Israel.

«Y llamó a su hijo José» [Gen. 47: 29]. ¿Acaso los demás no eran sus hijos?

El Rabino Abba explicó: Vemos que se habla de José como del hijo de Jacob de una manera más conmovedora que de sus hermanos. Pues recordamos que, cuando fue tentado por la esposa de Putiphar, alzó la vista y contempló la imagen de su padre (como está escrito: «Y ninguno de los hombres de la casa estaba ahí» [Gen. 39: 11]), y cuando José vio a su padre, se resistió y se marchó. Y así Jacob, al bendecir a todos sus hijos, le dijo a José: «Lo sé, hijo mío, lo sé» [Gen. 48: 19], y la repetición de las palabras significa: Sé en qué ocasión con tu propio cuerpo probaste que eras mi hijo.

Además se explica que José se parecía tanto a su padre que cualquiera que lo veía reconocía que era el hijo de Jacob. Así pues, Jacob lo llamó «hijo mío». A esto, el Rabino Yose añadió otra razón, a saber, que José fue el báculo de Jacob y su familia durante la vejez de Jacob.

Más aún, Jacob le pidió a José y a ningún otro de sus hijos, que le diera sepultura pues solamente José lo podía llevar fuera de Egipto.

El Rabino Yose preguntó entonces: Jacob sabía que sus descendientes serían esclavos en Egipto; ¿por qué, entonces, no dio muestras de una preocupación verdaderamente paternal pidiendo que se le enterrara ahí para que su mérito los protegiera? Sin embargo, sabemos por la tradición que Jacob, cuando se dispuso a ir a Egipto, fue invadido por el miedo de que su posteridad se perdiera entre las naciones y que Dios le retirara su Presencia. Así pues, Dios le dijo: «No temas ir a Egipto, pues haré de ti y de tu pueblo ahí una gran nación» [Gen. 46: 3]; más aún: «Iré contigo a Egipto» [Gen. 46: 4]. Así y todo, Jacob temía ser sepultado en Egipto y no con sus ancestros, ante lo cual dijo Dios: «Además, te traeré de regreso después» [ibid.], lo que quiere decir, para que puedas ser sepultado con tus padres.

Entonces, por diversas razones, Jacob deseaba asegurar su regreso de Egipto. En primer lugar, porque tenía conocimiento de que Dios castigaría a los dioses de los egipcios, y temía que los egipcios hicieran de él un dios. También estaba seguro de

que Dios no retiraría su Presencia de entre sus descendientes en el exilio. En tercer lugar, deseaba que su cuerpo fuera puesto a descansar junto con sus ancestros, para estar entre ellos y no con los pecadores de Egipto, pues Jacob, como es sabido, repitió la belleza de Adán, y era de forma sublime y sagrada, digna del trono sagrado. El secreto del asunto es, no obstante, que no existe separación entre los patriarcas y, por tanto, él dijo: «Cuando yo duerma con mis padres» [Gen. 47: 30].

Hay aún otra razón para que Jacob llamara a José «hijo mío»: fue a Raquel a quien Jacob había dado toda su devoción, y desde el principio había mostrado más entusiasmo en tener a José que a cualquiera de sus demás hijos.

El Rabino Simeón dijo: Todos los actos del hombre están escritos en un libro y han sido examinados por el Rey y quedaron revelados ante él; por tanto, que el hombre se preocupe por no pecar, ni en modo alguno ir en contra de la voluntad de su Señor, pues hasta los pensamientos del hombre le son conocidos a Dios y a Él no se le puede eludir.

Así, la noche en que Jacob fue con Leah y ella le ofreció las prendas que él le había dado a Raquel, él tuvo motivos para pensar que era Raquel, y Dios, para quien ningún secreto queda oculto, permitió que el pensamiento de Jacob se detuviera y así el derecho de nacimiento de Rubén le fue dado a José, siendo como fue la primera semilla de Jacob, y así Raquel fue a su herencia. Así fue como Leah lo nombró Rubén [un hijo] y no Rubeni [mi hijo].

Se nos ha enseñado que Dios sabía que Jacob no tenía intenciones de transgredir nada, ni le permitió a su mente voltear a ver a otra mujer en aquel momento como lo hacen los pecadores y, por tanto, está escrito: «Los hijos de Jacob eran doce» [Gen. 35: 22]. Existe otro nombre conocido por los Compañeros que se le da al hijo del pecador que actúa como antes dijimos. Así pues, queda dicho que Jacob «puso a su hijo por nombre José», su propio hijo, su hijo al principio y al final.

«Pon la mano bajo mi muslo, te lo ruego» [Gen. 47: 29]. El Rabino Yose dijo: Jacob insistió en que él jurara por la marca del pacto que había sido puesta en su carne, pues los patriarcas consideraban esto de primordial importancia, y este pacto queda también simbolizado en José.

El Rabino Simeón dijo: Encontramos asimismo «pon la mano bajo mi muslo», con referencia tanto a Abraham como a Jacob, pero no en relación a Isaac, debido a que Esaú nació de Isaac.

Más aún, uno puede imaginar que Jacob quería decir: Júrame por la marca sagrada que ha concedido al mundo semilla sagrada y fervorosa permaneciendo siempre libre de mancha, que no me sepultarás entre gente impura, que no ha obedecido a Dios. Si es así, ¿por qué, uno se preguntaría, José, que mantuvo el pacto, fue sepultado entre ellos? Por lo siguiente: en bien de una situación en particular, como cuando Dios se le apareció a Ezequiel a las puertas de la Tierra Santa, junto al río Chebar. Pues Dios vio que si José fuera a ser alejado de ahí, los israelitas serían reducidos a la esclavitud, por lo cual dijo: Que su sepulcro esté en el agua^[11], lugar

no susceptible de impureza [levítica] y luego los israelitas podrán soportar el cautiverio.

El Rabino Yose dijo: Jacob percibió que, como sus padres, estaba preparado de todas maneras para ser parte de la carroza sagrada [en la cual descansa la Divinidad], pero consideró imposible que su cuerpo estuviera unido al de sus padres si se le sepultaba en Egipto.

Los patriarcas, como es sabido, podían hacer que sus mujeres fueran sepultadas con ellos en la cueva de Machpelah; y, ¿por qué, entonces, se sepultó a Jacob con Leah y no con Raquel que era «el fundamento de la casa»? Por la razón de que Leah concibió más hijos de la semilla sagrada.

El Rabino Judah dijo: Cuando Leah supo que Jacob era bueno, comenzó a salir día a día al camino a llorar por él y a orar por él. Raquel nunca hizo algo así. De donde le fue concedido a Leah ser sepultada con él y, en cambio, la tumba de Raquel fue colocada junto al camino.

En la doctrina secreta, tal como hemos asentado, la razón es que una simboliza la esfera del ser revelada y la otra, la oculta. Por la tradición sabemos que la virtuosa Leah derramó muchas lágrimas rogando serle dada a Jacob y no al malvado Esaú. Y así percibimos que cualquiera que tenga un castigo marcado para sí, podrá lograr que se le cancele rogando con lágrimas ante el Omnipotente; así pues, Leah, concedida a Esaú por decreto sagrado, logró a base de oración satisfacer su preferencia por Jacob y se salvó de ser otorgada a Esaú.

El Rabino Isaac dijo: Queda escrito: «Y la sabiduría de Salomón superaba a la sabiduría de todos los niños del Este» [1 Reyes 5: 10]. ¿Qué significa «la sabiduría de los niños del Este»? Sabemos por la tradición que ésta fue la sabiduría heredada por ellos de Abraham. Pues leemos que Abraham «dio todo lo que tenía a Isaac» [Gen. 25: 5]; esto hace referencia a la alta sabiduría que era la de Abraham, porque poseía el conocimiento del nombre sagrado de Dios. «Pero a los hijos de las concubinas que Abraham tuvo, Abraham concedió dones» [Gen. 25: 6], es decir, conocimiento del tipo de las coronas inferiores [las fuerzas demoniacas] y los estableció en el «país del Este» [ibid.] y fue de esta fuente que los niños del Este recibieron su sabiduría mágica...

«Pero cuando duerma con mis padres» [Gen. 47: 30]. Dichosa la descendencia de los patriarcas: ellos son la carroza sagrada de Dios quien se ha regocijado en ellos y ha sido coronado con ellos; por lo tanto, está escrito: «Sólo el Señor se regocijó en sus padres» [Deut. 10: 15].

El Rabino Eleazar dijo: Jacob tenía conocimiento de que sería coronado en sus padres y sus padres en él.

El Rabino Judah dijo: Los oídos del hombre están cerrados a las admoniciones de la Torah, y sus ojos a su propio estado, al no darse cuenta que el día en que un ser humano aparece en el mundo, aparecen todos los días destinados a él y éstos pulularán por el mundo y luego cada uno descenderá al hombre para prevenirlo. Y si

el hombre, habiendo sido de tal modo prevenido, aun así transgrede en contra de su Maestro, entonces ese día en el cual transgrede, asciende en vergüenza y permanece aislado afuera, a la vista, y se queda así hasta que el hombre se arrepiente. Si el hombre opta por el bien, el día vuelve a su posición original; pero si no, entonces va a reunirse con el espíritu exterior y regresa a su morada y luego toma la misma forma de la vergüenza para perseguir al hombre y permanecer con él en su casa. Si el hombre hace el bien, prueba ser un buen compañero; si no, re... saltaría un mal compañero. De cualquier modo, este tipo de día queda fuera del número global y no se cuenta con los demás.

Desdichado el hombre que ha reducido sus días ante el Todopoderoso y no ha guardado para sí los días con los que se coronará en el otro mundo y se aproximará al Rey. Pues siendo digno, asciende en virtud de esos días, y esos días en los cuales hizo el bien y no pecó fueron para su alma un ropaje de esplendor. Desdichado será el hombre que ha reducido sus días en las alturas, pues los días dañados por sus pecados faltan cuando llega el momento de revestirse con sus días, y su ropaje es, por lo tanto, imperfecto; mucho peor resulta si hay muchos días de éstos y luego no tiene nada para ataviarse en el otro mundo. Pobre de él y de su alma: es castigado en Gehinnom muchos días por cada uno de aquellos días, viendo que cuando abandonó este mundo estaba sin ningún día para ataviarse y no tenía ningún ropaje que echarse encima.

Los que hacen el bien son dichosos pues sus días están bajo la custodia del Rey y constituyen vestiduras espléndidas para ataviarse con ellas en el otro mundo. Este es el significado secreto del verso «y sabían que estaban desnudos» [Gen. 3: 7], que quiere decir, las gloriosas vestimentas hechas durante esos días quedaron arruinadas y no restó ningún día para vestirse. Permaneció así todo hasta que Adán se arrepintió. Luego, Dios lo perdonó e hizo otras ropas para él, pero éstas no estaban hechas de sus días, como está dicho: «Y el Señor Dios hizo para Adán y para su mujer ropajes de pieles y los vistió» [Gen. 3: 21].

Vemos que al respecto de Abraham dice: «Entró a los días» [Gen. 24: 1], pues al abandonar este mundo ciertamente ganó posesión de sus días anteriores como una investidura, y su ropaje de esplendor era abundante y perfecto. Pero Job dijo de sí mismo: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo regresaré a él» [Job 1: 21], ya que no había ropaje alguno con el cual pudiera vestirse.

Nuestros maestros nos han enseñado: Los buenos son dichosos en tanto sus días están sin mancha y permanecen para el mundo futuro, y así después de la muerte, los días se juntan para hacer un ropaje de esplendor en el que tendrán el honor de probar las delicias del mundo futuro y en los cuales están destinados a recibir la vida nuevamente. Pero desdichados serán los pecadores cuyos días estén dañados y, en consecuencia, no les quede nada con qué vestirse cuando abandonen el mundo.

Más aún, hemos aprendido que todo lo que ellos por medio del bien han ganado para sí mismos, es un ropaje de gloria, hecho de sus días, y ellos en el futuro serán coronados como los patriarcas, con coronas de la corriente que fluye sin cesar hacia

el Jardín del Edén, y está escrito de ellos que: «El Señor los guiará continuamente y satisfará su alma en sitios esplendorosos» [Isa. 58: 11]; pero los pecadores que no hayan conseguido para sí tales vestiduras serán «como un tamariz en el desierto y no verán cuando el bien se acerque, sino que habitarán los lugares secos en la selva» [Jer. 17: 6].

El Rabino Isaac dijo entonces: Jacob, de entre todos los hombres, tuvo la oportunidad más feliz, pues el ropaje se debió tanto a sus días como a los de sus ancestros; por tanto, dijo: «Cuando duerma con mis padres».

El Rabino Judah dijo: Cuando Jacob entró a obtener la bendición de su padre, estaba vestido con la ropa de Esaú. Sin embargo, está escrito que Isaac olió sus vestiduras [Gen. 27: 27], es decir, vino hasta su nariz el olor de las vestiduras de Jacob en el mundo futuro y fue a cuenta de esto que le dio su bendición. Y entonces dijo: «Miren, el olor de mi hijo es como el olor de un campo que el Señor ha bendecido» [ibid.], que se refiere al campo de los manzanos sagrados en donde el rocío del ámbito llamado cielo cae todos los días; y continuó: «Así Dios te concederá el rocío del cielo» [Gen. 27: 28]. Se nos ha enseñado que cada día del Jardín del Edén se alcanzan quince olores con los que se perfuman las vestiduras preciosas en el otro mundo.

El Rabino Judah preguntó cuántos vestidos hay. El Rabino Eleazar contestó: Al respecto los maestros difieren, pero en realidad existen tres. Uno es para vestir al espíritu [ruah] en el Jardín del Edén terrenal. Más precioso es el segundo, que es para vestir al alma suprema [neshamah] cuando se halla entre «el haz de la vida» [1 Sam. 25: 29], en el círculo del Rey. El tercero es un abrigo exterior que aparece y desaparece con el cual el alma vital [nefesh] se atavía. Este se mueve de un lugar a otro en este mundo y durante los Sabbaths y las Lunas Nuevas busca al espíritu en el paraíso terrenal, del cual aprende ciertas cosas y el conocimiento de ellas esparce en este mundo. Se enseña que durante los Sabbaths y las Lunas Nuevas, el alma [nefesh] hace dos visitas. Primero, busca al espíritu entre los perfumes del paraíso terrenal y luego junto con el espíritu busca al alma suprema en «el haz de la vida» y se regala en la espléndida luz que emana de ambos lados. Esto queda implícito en las palabras: «El Señor... satisfará su alma en sitios esplendorosos» [Isa. 58: 11], donde el plural está diseñado para incluir ambos, la refulgencia exterior del lugar del espíritu y la luz dentro de la luz que viene a ellos al estar con el alma suprema en «el haz de la vida».

Un sello en el corazón

En cierta ocasión, deseando alejarse del calor del sol, el Rabino Eleazar y el Rabino Abba fueron a una cueva en Lydda. El Rabino Abba habló: Acompasemos esta cueva con palabras de la Torah. El Rabino Eleazar entonces comenzó citando el

verso: «Pónme como un sello en el corazón, como un sello en el brazo. Los relámpagos de ahí son relámpagos de fuego, la flama misma del Señor» [Canto 8: 6]. Él dijo: Este verso ha provocado intensas discusiones. Una noche me hallaba en espera de mi padre y le oí decir que las almas de los justos, sólo ellas, las que propician la verdadera devoción de la Comunidad de Israel hacia Dios y su deseo por él, hacen posible el fluir de las aguas inferiores hacia las superiores, y esto trae consigo amistad perfecta y el anhelo por el abrazo mutuo con objeto de dar frutos. Cuando se unen uno al otro, entonces dice la Comunidad de Israel, en la grandeza de su afecto: «ponme como un sello en el corazón». Pues, tal como la marca del sello debe discernirse aun después de que el sello ha sido quitado, así me quedaré con ustedes aún después de que me hayan apartado y me hayan puesto en cautiverio: esto dice la Comunidad de Israel.

Así pues, «Ponme como un sello en el corazón», para que pueda permanecer en ustedes la semblanza, como la marca de un sello.

«Pues el amor es tan fuerte como la muerte» [ibid.], violento como le es la separación del espíritu del cuerpo; pues hemos aprendido que cuando un hombre está por abandonar este mundo y ve cosas maravillosas, su espíritu, como un barquero sin remos yendo de arriba a abajo y sin rumbo fijo en el mar, también se bambolea de arriba a abajo en sus piernas, pidiendo retirarse de cada una y sólo con gran desgarramiento se lleva a cabo su separación. Así, violentamente, es como la Comunidad de Israel ama a Dios. «Los celos son tan crueles como la tumba» [ibid.]. Sin celos, no es un amor verdadero. Así aprendemos que para que el amor de un hombre por su mujer sea perfecto debe estar celoso, pues entonces no mirará a ninguna otra mujer.

Cuando se sentaron, escucharon que el Rabino Simeón se acercaba por el camino con el Rabino Judah y el Rabino Isaac. Cuando el Rabino Simeón llegó a la cueva, el Rabino Eleazar y el Rabino Abba salieron de ella. Y dijo el Rabino Simeón: Por los muros de la cueva percibo que la Presencia Divina ronda este lugar. Y todos tomaron asiento.

El Rabino Simeón preguntó: ¿De qué han estado discuriendo?

El Rabino Abba replicó: Del amor que la Comunidad de Israel le tiene a Dios. Y el Rabino Eleazar citó en ese contexto las palabras: «Ponme como un sello en el corazón».

El Rabino Simeón dijo: Eleazar, era el amor celestial y las ligas del afecto lo que estabas a punto de percibir. Luego, permaneció en silencio durante un rato y al fin dijo: El silencio siempre es agradable, salvo en lo que concierne a la Torah. Poseo una joya que compartiría contigo. Es una idea profunda que me surgió al toparme con el libro de Ray Hamnuna, el Viejo. Dice así: Siempre es el varón quien persigue a la hembra buscando estimular su amor; pero en este caso vemos a la hembra persiguiendo al varón y cortejándolo, algo que no se cuenta: usualmente entre lo que corresponde a la hembra. Pero en esto existe un misterio profundo, uno de los tesoros

más apreciados del Rey. Sabemos que tres almas pertenecen a los divinos grados. No, cuatro, pues hay un alma suprema que es imperceptible, ciertamente, para el guardián del tesoro inferior y hasta para el del tesoro superior. Ésta es el alma de todas las almas, inconocible e inescrutable. Todo es contingente en ella, lo cual está cubierto por un velo brillante y encantador. De él se forman perlas que se tejen juntas como articulaciones del cuerpo, y en ellas entra y a través de ellas manifiesta su energía. Ella y ellas son una, y no hay división alguna entre ellas. Sin embargo, otra alma femenina está oculta entre las demás y tiene un cuerpo adherido a ella por medio del cual manifiesta su poder, como el alma en el cuerpo humano.

Estas almas son como copias de las articulaciones ocultas abajo. No obstante, otra alma está ahí, a saber, las almas de los justos abajo que, viniendo de almas superiores, el alma de la hembra y el alma del varón, son por ende preeminentes por encima de todas las legiones celestes. Podría surgir la pregunta: si son preeminentes de ambos lados, ¿por qué descienden a este mundo sólo para ser tomadas ahí en algún futuro?

Esto puede explicarse por medio de un símil: Un rey tiene un hijo a quien manda al pueblo a que reciba educación hasta que sea iniciado en las maneras de palacio. Cuando se informa al rey que su hijo ha llegado a la madurez, el rey, por amor, manda a la matrona, su madre a traerlo de regreso a palacio y ahí el rey se regocija con él todos los días. De este modo, el Ser Supremo, bendito sea, poseía un hijo de la Matrona, es decir, el alma suprema. Lo mandó al pueblo, es decir, al mundo, para que creciera ahí y fuera iniciado en las maneras del palacio del Rey. Cuando se le informó que su hijo había llegado a la madurez y debía regresar a palacio, el Rey, por amor, mandó a la Matrona por él para que lo trajera a palacio de nuevo. El alma no abandona este mundo hasta el momento en que la Matrona ha llegado por ella para conducida al palacio del Rey donde ella habita por siempre. Con todo, los vecinos del pueblo lloran por la partida del hijo del Rey de entre ellos. Pero un hombre sabio les dijo: ¿Por qué lloran? ¿No era éste el hijo del Rey, cuyo verdadero lugar está en el palacio de su padre y no con ustedes?...

Si los buenos se dieran cuenta de esto, se llenarían de gozo cuando les llegara la hora de irse del mundo. Pues, ¿acaso no les honra en gran medida que la Matrona venga por su causa para llevados al palacio del Rey, donde el Rey puede día a día regocijarse en ellos? Pues para Dios no hay gozo más que aquél de las almas de los justos. Sólo las almas de los justos aquí en la tierra pueden encender el amor de la Comunidad de Israel por Dios, pues vienen del lado del Rey, del lado del varón. Este transporte pasa a la hembra y excita su amor, y así el varón enciende el amor y el afecto de la hembra, y la hembra se une al varón en el amor. De igual modo, el deseo, el deseo de la hembra de derramar aguas inferiores para que se unan con las aguas superiores^[12], se enciende sólo en virtud de las almas de los justos. Y así, dichosos los justos en este mundo y en el mundo por venir, pues en ellos se basan los seres superiores e inferiores. Así pues, queda escrito: «Los justos son el fundamento del mundo» [Prov. 10: 25].

ÉXODO

Los diez SEFIROT

Si dijéramos la frase: «Pues no le fue dado ver ninguna forma de semejanza» [Deut. 4: 15], no está escrita, se nos respondería: En verdad nos fue concedido contemplarlo en una semejanza dada, pues acerca de Moisés está escrito: «Y la semejanza del Señor contempla» [Núm. 12: 8]. No obstante, el Señor fue revelado sólo en aquella semejanza que Moisés vio y en ninguna otra de cualquier creación formada por sus señales. Así pues, queda escrito: «¿En quién entonces verán la semejanza de Dios? O, ¿qué semejanza podrán comparar con Él?» [Isa. 40: 18]. Asimismo, hasta esa semejanza era una semblanza del Ser Supremo, bendito sea, no como está en su sitio que sabemos impenetrable, sino como el Rey que manifiesta su poder de dominio por sobre su creación toda, y así se aparece a cada una de sus criaturas como cada una puede entenderlo, tal como está escrito: «Y en el ministerio de los profetas he utilizado semejanzas» [Hos. 12: 11]^[13]. Luego, dice Él: Si bien en tu propia semejanza quedo yo representado, ¿con quién me compararás y harás comparable?

Porque en el principio, cuando ni la forma ni el aspecto habían sido creados, Él no tenía forma ni semejanza. Así está prohibido a aquél que lo aprehenda imaginarlo bajo cualquier tipo de forma o aspecto, ni siquiera con sus letras hé y vav^[14], ni siquiera con su nombre completo sagrado, ni con cualquier letra o signo de ninguna clase. Entonces, «Pues no le fue dado ver ninguna forma de semejanza» quiere decir: Tú no contemplaste nada que pudiera imaginarse en forma o aspecto, nada que pudieras reunir dentro de una concepción finita.

Pero cuando Él hubo creado el aspecto del hombre supremo, fue por una carroza y en ella descendió para ser conocido por el apelativo Y H V H, para que fuera aprehendido por sus atributos y en cada uno en particular para que fuera percibido. Así pues, él fue quien provocó que se le nombrara Él, Elohim, Shaddai, Zevaot y Y H V H, de los que cada uno era símbolo entre los hombres de sus varios atributos divinos, poniendo de manifiesto que el mundo se sostiene por la misericordia y la justicia, de acuerdo con los hechos del hombre. Si el esplendor de la gloria del Ser Supremo, bendito sea, no hubiera sido derramado sobre su creación toda, ¿cómo habrían podido, incluso los sabios, aprehenderlo? Habría continuado siendo inconocible y, con toda certeza, no podrían decirse las palabras: «La tierra entera está llena de Su gloria» [Isa. 6: 3].

Sin embargo, desdichado el hombre temerario que pretendiera identificar al Señor con un solo atributo, aunque fuera el Suyo propio y mucho menos cualquier forma existente «cuyo origen está en el polvo» [Job. 4: 19], y cuyas criaturas son frágiles,

se van pronto, se pierden pronto en la mente. El hombre se atreverá a proyectar una sola concepción del Ser Supremo, bendito sea, aquella de su soberanía sobre algún atributo o sobre la creación en su totalidad. Pero si Él no es visto bajo estas manifestaciones, entonces no existe ni atributo, ni semejanza, ni forma en Él; como el mismo mar cuyas aguas carecen de forma y solidez en sí mismas y, la tienen sólo cuando se esparcen en la vasija de la tierra.

De aquí que podamos contar que es así: Uno, es el origen del mar. Una corriente proviene de él dando un vuelco que es yod^[15]. El origen es uno y lo primero, y la corriente lo segundo, dos. Luego se forma la vasta cavidad conocida como el mar, que es como un canal cavado en la tierra, y se llena con las aguas que provienen del origen; y este mar es la tercera cosa. Esta vasta cavidad se divide en siete canales, semejantes a ese número de largos tubos, y las aguas van del mar hacia los siete canales. Juntos, el origen, la corriente, el mar y los siete canales suman diez. Si el Creador que hizo estos tubos decidiera romperlos, entonces las aguas regresarían a su origen y sólo quedarían vasijas rotas, secas, sin agua.

De la misma guisa, la Causa de causas ha derivado los diez aspectos de su Ser que se conocen como selirot y nombró a la corona 'la Causa', que es una fuente de luz que-nunca-se-agota de donde él se designa a sí mismo eyn sof, el Infinito, Ni aspecto ni forma tiene Él, y no existe vasija que lo contenga, ni modo alguno de aprehenderlo. A esto se refieren las palabras: «Cuídate de no buscar cosas que son demasiado duras para ti y cuídate de no buscar aquellos que esté oculto para ti»^[16].

Después, Él dio forma a una vasija tan diminuta como la letra yod y la llenó de Él y la llamó 'Fuente de donde mana la Sabiduría' y se llamó a sí mismo 'Sabio' por ello. Y después, formó una vasija larga llamada mar y la designó como 'Entendimiento' [binah] y a sí mismo 'el que entiende' por ello. Tanto 'sabio' como el que 'entiende' es Él, en su propia, esencia, mientras que la Sabiduría en sí misma no puede aspirar a ese título sino sólo a través de aquel que es sabio y la ha hecho plena de su origen; y así el Entendimiento en sí mismo no puede aspirar a ese título, sino sólo a través de aquel que la llenó con su propia esencia y se transformaría en una aridez si Él se fuera de ahí. Al respecto está escrito: «Como las aguas se van del mar y el río se seca». [Job. 14: 11].

Finalmente, «Él divide [al mar] en siete corrientes» [Isa. 11: 15], es decir, lo guía hacia siete vasijas preciosas a las que da por nombre Grandeza, Poder, Gloria, Victoria, Majestad, Fundamento, Soberanía^[17]; en cada una, Él se designa a sí mismo así: grande en la Grandeza, poderoso en el Poder, glorioso en la Gloria, victorioso en la Victoria, «la belleza de nuestro Creador» en la Majestad, justo en el Fundamento [dr. Prov. 10: 25]. Todas las cosas, todas las vasijas, y todos los mundos, él los sostiene en el Fundamento.

En la última, la Soberanía, Él se llama a sí mismo Rey y suya es «la grandeza, y el poder, y la gloria, y la victoria, y la majestad pues todo lo que existe en el ciclo y en la tierra es Tuyo; Tuyo es el reino, oh Señor, y Tú serás enaltecido como cabeza

por sobre todo» [1 Crón. 29: 11]. En su poder descansan todas las cosas, sea que escoja reducir el número de vasijas o aumentar la luz que de ellas emane, o sea lo contrario. Pero sobre Él no existe deidad alguna con poder de aumentar o reducir.

Además, hizo seres que sirvieran a dichas vasijas: cada uno era un tronco apoyado en cuatro columnas con seis escalones, diez por todo. Así, el trono es como la copa de la bendición de la cual diez mandamientos se han hecho [en el Talmud] en armonía con la Torah que fue dada en Diez Palabras [el Decálogo] y con las Diez Palabras, a partir de las cuales el mundo fue creado.

Desde las profundidades

«Desde las profundidades he invocado tu nombre, oh Señor» [Sal. 130: 1, 2]. Porque se erige sin el nombre de un autor, todos los hombres de todas las generaciones pueden hacer suyo este Salmo. Es deber de todo hombre que haga oración ante el Rey Supremo orar desde las profundidades de su alma pues sólo entonces su corazón se dirigirá enteramente a Dios y su mente quedará enteramente volcada en su oración.

Ya David había dicho: «Con todo mi corazón Te he buscado» [Sal. 119: 10]. Y podríamos preguntar: ¿Por qué fue más allá de esto y dijo «desde las profundidades»? Debido a esto el hombre debe poner mente y corazón exclusivamente en el pensamiento de la fuente de fuentes cuando hace oración ante el Rey para que pueda recibir bendiciones de [las esferas llamadas] «la profundidad del pozo», la fuente de toda vida, el «arroyo que proviene del Edén» [Gen. 2: 10] que, «hace que la ciudad de Dios se regocije» [Sal. 46: 5].

La oración trae a la bendición desde arriba hacia abajo^[18]: cuando el Ancestro Inescrutable desea bendecir al mundo, hace que su generosidad, su gracia, se reúnan en la profundidad celestial desde donde la oración humana los sacará del «pozo», haciendo posible con ello que todos los arroyos y riachuelos queden llenos.

Dos aspectos

Así habló el Rabino Abba: Qué querrán decir los israelitas con: «¿Está el Señor entre nosotros o no?» [ayin, nada; Éxodo 17: 7]. ¿Sería que en su insensatez no se daban cuenta de que estaba entre ellos? ¿Acaso no estaban delimitados por la Divina Presencia y rodeados por nubes de gloria? ¿Acaso no contemplan la luz de la esplendorosa majestad de su Rey en virtud del mar? ¿No hemos oído decir que a una sirvienta en el Mar Rojo le fue concedida una mayor visión que a Ezequiel?

La explicación es, tal como la ha hecho el Rabino Simeón, que los israelitas

deseaban cerciorarse de que la manifestación de la Divinidad que se les había otorgado fuera la del Ancestro Inescrutable, el Trascendente, quien, ubicado más allá de la comprensión, es designado como ayin [nada], o del «Pequeño Aspecto», el Inmanente, que es designado Y H V H. Por lo tanto, gracias a la palabra lo [no] tenemos aquí la palabra ayin [nada].

Uno se preguntaría: ¿por qué, entonces, fueron castigados los israelitas? La razón es que hicieron una distinción entre estos dos aspectos de Dios y «probaron al Señor» [ibid.] diciéndose: Oraremos de una manera si es el U no, y de otra manera si es el Otro.

Sabbath

«Recuerda el día del Sabbath, y mantenlo sagrado» [Éxodo 20: 8].

El Rabino Isaac dijo: Está escrito: «Y Dios bendijo el séptimo día» [Gen. 2: 3]; no obstante, se ha dicho del maná: «Durante seis días lo han de reunir, pero en el séptimo, que es el Sabbath, no habrá nada» [Éxodo 16: 26]. ¿Qué bendición puede ese día conllevar en el cual falta la comida? Así y todo, hemos aprendido que del séptimo día proceden todas las bendiciones de arriba y abajo. ¿Por qué sólo en este día, entonces, faltaba el maná?

Queda explicado así: los seis «días» del mundo trascendente derivan sus bendiciones del séptimo día y de aquello que recibió del séptimo día cada uno de los días supremos manda alimentos al mundo de abajo. Así pues, a aquel que obtenga el grado de fe le incumbe preparar una mesa y una comida la víspera del Sabbath [el viernes] para que su mesa sea bendita a lo largo de los seis días restantes de la semana. Esto es así porque junto con la preparación del Sabbath, se prepara la bendición de todos los seis días por venir, ya que una mesa vacía no lleva bendición alguna. Así uno debe contribuir a la mesa con pan y otros alimentos la víspera del Sabbath.

El Rabino Isaac añadió: Y también el día del Sabbath. El Rabino Judah dijo: En este día uno necesita celebrar tres comidas para que el día refresque y satisfaga.

El Rabino Abba dijo: Con esto debe uno cumplir para que los días supremos que derivan su bendición del séptimo, puedan ser bendecidos. En este día, el rocío que viene del Ancestro, el Todo Oculto^[19], llenará la cabeza del «Pequeño Aspecto»; él lo hace descender al sagrado «Campo de Manzanos»^[20] tres veces después en la entrada del Sabbath para que todos reunidos obtengan la bendición. De aquí se deduce que las tres comidas del día son necesarias no sólo para nosotros sino para toda la creación pues de esta guisa está satisfecha la fe verdadera en el Antecesor, el «Pequeño Aspecto» y el «Campo de Manzanos», y en los tres debemos regocijarnos. Y es como si él dañara y rompiera la perfección de las regiones allá arriba quien no respeta

tomar parte en los tres alimentos...

Pues el Sabbath es el centro de la fe, por lo tanto al hombre se le concede en este día, por añadidura, un alma suprema en la que está toda la perfección de acuerdo con los designios del mundo por venir. ¿Qué significa la palabra Sabbath? El Nombre del Ser Supremo, bendito sea, el Nombre de la armonía perfecta por todos lados.

Dijo el Rabino Yose: En verdad, esto es así. Pobre de aquel que no ayuda a perfeccionar la dicha del Rey supremo. ¿En qué consiste, entonces, esa dicha? Las tres comidas de la Fe, las comidas en las que toman parte Abraham, Isaac y Jacob, y a través de la cual la dicha queda expresada, la fe perfecta por todos lados. Tal como se nos ha enseñado, en este día los padres son coronados y todos los hijos reciben la inspiración del poder y la luz y la dicha, a un grado que no se otorga en otros días festivos. Los pecadores reciben una tregua en Gehinnom en este día. En este día, la Torah queda coronada con coronas de perfección. En este día la dicha y la alegría reverberan a lo largo de doscientos cincuenta mundos. Hay que observar esto también. En cada uno de los seis días de la semana, a la hora de la oración vespertina, la fuerza del juicio inmitigado permanece y la retribución está alerta. No así en el Sabbath. Cuando la hora de la oración vespertina del Sabbath ha llegado, reinan las influencias benignas, la bondad amorosa del Sagrado Antecesor se pone de manifiesto, todos los castigos se levantan y la dicha y la satisfacción están por doquier. En esta hora de satisfacción y gracia, el Santo, fervoroso profeta Moisés, partió de este mundo para que pudiera saberse que no fue llevado por el juicio sino que su alma ascendió en la hora de gracia del Sagrado Antecesor para ocultarse en él. Así pues, «Ningún hombre conoce su sepulcro hasta este día» [Deut. 34: 6]. Así, el Sagrado Antecesor es el Todo Oculto, inconocible para aquellos arriba y abajo; así también fue ocultada el alma de Moisés, en la revelación, a la hora de la oración vespertina del Sabbath, de la gracia de Dios. De todas las cosas ocultas de este mundo, esta alma de Moisés es la más oculta y no puede ser juzgada. Bendito sea el pueblo de Moisés.

En este día, la Torah queda coronada en perfecta gloria, en todos sus mandamientos, en todos los decretos, en todos los castigos de la transgresión: una corona de setenta ramas de luz radiando por todos lados. Oh, qué dicha ver las pequeñas ramas brotando de las ramas más grandes, y cinco de las ramas irguiendo al árbol mismo ¡donde todas las ramas se abarcan! Oh, contemplar las rejas abriéndose por todos lados, abriendo paso al esplendor y a la gloria de la luz inextinguible. Se oye una voz: ¡Despierten, santos celestiales! ¡Despierten, gentes santas, escogidas para reunirse con su Señor, despierten perfectamente regocijados! ¡Alístense, en la dicha triple de los tres patriarcas! ¡Alístense para la fe, dicha de dichas! ¡Oh, israelitas, qué dichosos son, benditos en este mundo, benditos en el mundo por venir! Más allá de todas las naciones paganas, ésta es su herencia: «una señal entre ustedes y Yo» [Éxodo 31: 13].

Dijo el Rabino Judah: Es verdad, así es. De aquí: «Recuerden el día Sabbath y

manténganlo sagrado» [Lev. 19: 2]; «Llaman al Sabbath una delicia y a lo sagrado del Señor, honorable» [Isa. 58: 13].

Los amantes de la Torah

Una noche, el Rabino Hiyya y el Rabino Yose se encontraron en la torre de Tiro y se alegraron de tenerse uno al otro como compañero.

Dijo el Rabino Yose: ¡Qué bueno es mirar el rostro de la Presencia Divina! Todo el tiempo cuando venía para acá, tuve que sufrir la modesta charla de un viejo que guiaba el burro. Me molestaba con todo tipo de preguntas tontas; por ejemplo: ¿qué serpiente vuela por los aires con una hormiga que descansa tranquila entre sus dientes? ¿Qué comienza en unión y termina en separación? ¿Qué águila tiene su nido en un árbol que no existe y sus jóvenes criaturas que no han sido creadas, en un lugar que no es? ¿Qué son aquellos que descienden cuando ascienden y ascienden cuando descienden? ¿Qué es aquello de lo cual dos son uno y uno es tres? ¿Quién es la bellísima virgen que no tiene ojos^[21] y un cuerpo oculto y sin embargo revelado — oculto durante el día, revelado en la mañana— y está engalanada con ornamentos que no son? De esta manera me vino fastidiando todo el camino. Pero al fin puedo gozar de paz y tranquilidad, y podemos abandonarnos a la discusión de la Torah en vez de desperdiciar el tiempo en charlas inútiles.

El Rabino Hiyya dijo: ¿Conoces acaso al viejo aquél? El Rabino Yose replicó: Sé que no tiene nada en él; si lo tuviera, habría vivido con algunas palabras de las Escrituras y nosotros no habríamos simplemente desperdiciado el tiempo en el camino.

El Rabino Hiyya preguntó entonces: ¿Está el viejo en esta casa? Pues puede ser en ocasiones que una vasija aparentemente poco profunda lleve algunos granos de oro.

Y el Rabino Yose replicó: Sí, aquí está; está preparando la pastura para el burro.

En cuanto esto se dijo, lo llamaron ante su presencia y él vino. El viejo inmediatamente pronunció lo siguiente: ¡Ahora los dos se han hecho tres y los tres, uno! Dijo el Rabino Yose: ¿No es verdad que les dije que todo el tiempo está diciendo insensateces? El viejo tomó asiento y dijo:

Señores, apenas recientemente me he dedicado a guiar este burro. Tengo un hijo joven que va a la escuela y me gustaría educado en las enseñanzas de la Torah; por eso, cada vez que veo a un estudiante en el camino, voy tras él, esperando aprender algo nuevo relacionado con la Torah; pero hoy no he aprendido nada nuevo.

El Rabino Yose dijo: Una cosa en especial, de todo lo que te he escuchado decir, me asombra pues muestra tal insensatez en un hombre de tu edad, a menos que no supieras de qué estabas hablando.

El viejo dijo: ¿A qué te refieres?

El Rabino Yose replicó: A lo que dijiste respecto de la bellísima virgen...

En este momento de su discurso [de las paradojas] el viejo hizo una pausa y luego los dos rabinos cayeron de rodillas ante él y, derramando lágrimas, le dijeron: Si hubiéramos venido al mundo sólo para poder escuchar la palabra que proviene de tu boca, habría valido la pena.

Y dijo él: Compañeros, no fue sólo para decir lo que he hecho hasta ahora que me metí en este discurso con ustedes, pues ciertamente un viejo como yo apenas se detendría ante frases así, haciendo un sonido como de una sola moneda en un frasco. Toda una multitud de humanos vive en la confusión y es incapaz de percibir el camino de la verdad que reside en la Torah, y la Torah, en el amor, los llama día a día a ella, pero, pobres desdichados, ellos voltean la cabeza. Es tal y como he afirmado: la Torah libera una palabra, de ella viene una muestra muy pequeña y luego se oculta de nuevo. Pero esto lo hace para aquellos que la entienden y siguen sus preceptos.

La Torah puede compararse con una bellísima y majestuosa doncella que está recluida en una recámara aislada de palacio, y tiene un amante cuya existencia sólo ella conoce. Por amor a ella, él pasa por su reja incesantemente y voltea los ojos en todas direcciones para descubrirla. Ella sabe muy bien que él está por siempre rondando el palacio y, ¿qué hace al respecto? Abre de par en par una pequeña puerta en su recámara secreta, por un instante revela su rostro al amante y luego rápidamente se retira. Sólo él, nadie más, se da cuenta; pero él sabe que es por amor a él que ella se le ha revelado por un instante, y el corazón, el alma y todo en el interior de él se dirigen hacia ella.

Así sucede con la Torah, que descubre sus más profundos secretos sólo a aquellos que la aman. Ella sabe que aquel que sea sabio de corazón ronda las rejas de su morada día tras día. Y, ¿qué hace ella? Desde su palacio le muestra su rostro a él, y le da una señal de su amor y luego se retira a su oculta morada. Sólo él recibe su mensaje y se ve atraído hacia ella con toda su alma y todo su corazón y con todo su ser. De esta manera, la Torah, por un momento se descubre por amor a los que la aman, para hacer que ellos renueven su amor. Estos son los caminos de la Torah. En el principio, cuando apenas se le revela a un hombre, le da alguna señal. Si él la comprende, está muy bien; pero si no es capaz, entonces ella lo hace venir y lo llama «simplón», y dice a sus mensajeros: Vayan a decirle a aquel simplón que venga a mí y converse —como está escrito: «Aquel que sea un simplón, que se vuelva y venga acá» [Prov. 9: 4]—. Y cuando llega, ella comienza a conversar con él, al principio desde atrás del velo que ha puesto a sus palabras, para que él pueda acomodar su manera de entendimiento y pueda progresar gradualmente. Esto se conoce como *derashah*^[22]. Después ella le habla cubierta con un delgado velo de tul muy fino, le habla con enigmas y alegorías y a éstos se les llama *haggadah*.

Cuando por fin él está en términos cercanos con ella, le descubre su rostro y sostiene una conversación con él acerca de todos sus misterios secretos y todos los

caminos secretos que han estado ocultos en su corazón desde tiempo inmemorial. Así un hombre se hace un verdadero adepto a la Torah, un «señor de la casa», pues a él, ella le ha descubierto todos sus misterios sin guardar ni esconder uno solo. Ella le dice: ¿Ves la señal, la pista, que te di en un principio? ¿Ves cuántos misterios encierra? El entonces cae en la cuenta de que no se puede añadir una sola cosa a las palabras de la Torah, ni se les puede quitar tampoco ningún símbolo, ni una letra.

Así deberían los hombres seguir a la Torah, con todas sus fuerzas, y convertirse en sus amantes, como hemos visto.

El destino del alma

En el momento en que el Ser Supremo, bendito sea, estaba a punto de crear el mundo, decidió formar todas las almas que a su debido tiempo fueran dispensadas para los hijos de los hombres, y cada alma fue formada exactamente para el cuerpo que estaba destinada a vigilar. Escrutando cada uno, vio que entre ellos había algunos que caerían en los caminos del mal en el mundo. A cada uno, a su debido tiempo, el Ser Supremo, bendito sea, lo convidó a ir a él y luego dijo: Anda, descende a éste y a aquel lugar, a éste y a aquel cuerpo.

Y sin embargo, con cierta frecuencia, el alma replicaba: Señor del mundo, yo estoy alegre de permanecer en este sitio y no tengo deseo alguno de partir con rumbo a otro donde estaré en esclavitud y no permaneceré inmaculada.

Ante lo cual el Ser Supremo, bendito sea, replicaba: Tu destino es y ha sido desde el día de tu formación, ir a ese mundo.

Luego el alma, dándose cuenta de que no podía desobedecer, involuntariamente descendía y entraba a este mundo.

La Torah, consejera del mundo entero, vio esto y gritó a la humanidad: ¡Atención, vean cómo el Ser Supremo, bendito sea, tiene piedad de ustedes! Sin costo alguno, les ha mandado a ustedes su perla preciosa para que la usen en este mundo y sea el alma sagrada. «Y sin un hombre vendiera a su hija para que ella se convirtiera en su sirvienta» [Éxodo 21: 7], es decir, cuando el Ser Supremo, bendito sea, les dé a su hija, el alma sagrada, como sirvienta para que ustedes la guarden en servidumbre y ella les implore, a su debido tiempo, «ella no saldrá como los sirvientes lo hacen» [ibid.], es decir, manchada por el pecado, sino en libertad, en luz, en pureza, para que su Señor se regocije en ella y la recompense bastantemente con las glorias del Paraíso, como está escrito: «Y el Señor... satisfará tu alma con esplendor» [Isa. 58: 11], es decir, cuando ella haya ascendido de vuelta a esa esfera, esplendorosa y pura.

Pero «si ella no complace a su señor» [Éxodo 58: 11] porque se ha ensuciado con el pecado, entonces, ¡desdichado el cuerpo que eternamente ha sido desprovisto de su alma! La razón es que aquellas almas que ascienden de este mundo en una condición

de esplendor y pureza se mandan a los archivos del Rey, cada una por su nombre; y él dice: He aquí el alma de este individuo; ella le pertenece al cuerpo que ha dejado. Tal como está escrito: «Que haya contraído nupcias con ella» [ibid.].

Pero «si ella no complace a su Señor», lo cual significa que si ella se ha ensuciado con el pecado y la culpa, Él se niega a designar el mismo cuerpo que antes era para ella, y así ella queda desprovista de él para siempre, salvo que su Señor le conceda la gracia y la guíe nuevamente hasta su cuerpo [por transmigración] pues, «entonces él le permite ser redimida» [ibid.]. Como está escrito: «Él redimió su alma de los fuegos de la hoguera» [Job 33: 28]. Esto quiere decir que un hombre es aconsejado a redimir su alma a través del arrepentimiento. En verdad, hay un doble significado en las palabras «entonces él le permite ser redimida», pues aluden a la redención personal del alma de un hombre en virtud del arrepentimiento, y después a la redención de Gehinnom por el Ser Supremo, bendito sea.

«Y si él la casara con su hijo, él deberá darle el trato que se les da a las hijas» [Éxodo 21: 9]. ¡Cuánto cuidado debe tener un hombre para no vagar por la senda equivocada en este mundo! Pues si él evidenciara su valor en este mundo, habiendo vigilado los pasos de su alma con toda precaución, entonces el Ser Supremo, bendito sea, se complacerá mucho con él y diariamente lo alabará ante su familia suprema en esta guisa: ¡Vean al hijo bienamado que es mío en el mundo allá abajo! He aquí sus actos y la probidad de sus caminos.

Y cuando un alma así parte de este mundo, pura, esplendorosa, inmaculada, el Ser Supremo, bendito sea, diariamente la hace brillar con multitud de resplandores y, respecto de ella, proclama: He aquí el alma de mi hijo, tal y tal: que se preserve para el cuerpo del cual ha partido.

Este es el significado de las palabras: «Y si él la casara con su hijo, él deberá darle el trato que se les da a las hijas». ¿Qué significan las palabras «el trato que se les da a las hijas»? Es un secreto que se halla sólo bajo la custodia de los sabios: Un palacio conocido como el Palacio del Amor descansa en una gran roca, bajo un firmamento por demás secreto. Aquí en este lugar se guardan los tesoros del Rey y todos sus besos de amor. Toda alma amada por el Ser Supremo, bendito sea, entra a ese palacio. Y cuando el Rey hace su aparición, «Jacob besa a Raquel» [Gen. 29: 11], o sea, el Señor discierne cada alma sagrada y, tomando una por una para sí, la abraza y la mima y le da «el trato que se les da a las hijas» aún como un padre actúa respecto de su hija bienamada, abrazándola y mimándola y presentándole regalos.

El sufrimiento de los niños inocentes

Salomón dijo: «Pero regresé y consideré a todos los oprimidos que existen [lit., se hacen] bajo el sol; y contemplé las lágrimas de los oprimidos que no tenían quien los

consolara» [Ecles. 4: 1].

¿Realmente fue capaz de ver a todos aquellos que estaban oprimidos? Desde luego que no; pero él se refería a los pequeños que fueron arrancados del pecho de sus madres. Ciertamente, seres así sufren opresión de todos lados, en las alturas en la esfera celestial, y abajo en la tierra. Los más oprimidos son aquellos que sufren por su herencia y de ellos está escrito: «Cerniéndose la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera o cuarta generación» [Éxodo 20: 5]...

Consideren al niño nacido de la unión adúltera de un hombre y la mujer de su vecino que, oculta o abiertamente, se ha robado; el Ser Supremo, bendito sea, seguramente le dará un cuerpo y forma a aquel niño, y luego en verdad es «un oprimido al que se hace tal», es decir, a pesar del Todopoderoso. Reflexionando a este respecto, Salomón dijo: Considero a la adolorida descendencia de estos desafortunados oprimidos que han sido «hechos» tales, y las lágrimas que derraman ante el Ser Supremo, bendito sea. Sollozando, llevan su lamento ante él: Ciertamente es que todo aquel que peque debe morir. Pero, Rey del universo, un niño de un día de nacido, ¿deberá acaso ser juzgado? Estas son «las lágrimas de los oprimidos que no tenían quien los consolara».

Todos derramaron lágrimas, aunque entre ellos había diferencias. Uno, por ejemplo, es un hijo concebido en incesto. Inmediatamente, al venir al mundo, se le rechaza de la comunidad de la gente santa y el infeliz bastardo derrama lágrimas y gime ante el Ser Supremo, bendito sea: ¡Señor del mundo! Si aquellos que me concibieron cometieron pecado, ¿cuál es mi culpa? Si yo he buscado siempre hacer el bien ante tus ojos.

Pero más dolorosa es la pena que rodea a aquellos «oprimidos» que son arrancados del pecho de sus madres. Por ellos, en verdad, llora el mundo entero; las lágrimas de estos pequeños no tienen igual, sus lágrimas provienen de los más profundos y recónditos lugares del corazón, y el mundo entero queda perplejo y dice: Eternamente justos son los juicios del Ser Supremo, bendito sea, y todos sus caminos son los caminos de la verdad. Sin embargo, ¿es necesario que estos infelices infantes mueran cuando están libres de pecado y de culpa? En esto, ¿dónde se encuentra el justo y buen juicio del Señor del mundo? Si son los pecados de los padres lo que constituye la causa de su muerte, entonces ciertamente «no tenían quien los consolara».

Pero, en realidad, las lágrimas derramadas por estos «oprimidos» actúan como una petición y protección para los vivos y merced a su inocencia y la eficacia de su intercesión, a su debido tiempo se prepara un sitio para ellos, uno que no puede ser conseguido u ocupado ni por el más probo de los hombres; pues el Ser Supremo, bendito sea, realmente ama a estos pequeñitos con un amor único y sobresaliente. Los une a él y les prepara un lugar en las alturas cerca de él. Y de éstos está escrito: «De las bocas de los niños de pecho has sacado fuerza» [Salmos 8: 3].

Los tres aspectos del alma

Los nombres y grados del alma del hombre son tres: nefesh [alma vital], ruah [espíritu] y neshamah [alma suprema, alma interior]. Los tres quedan comprendidos uno dentro del otro, pero cada uno tiene su morada por separado.

Mientras el cuerpo en la tumba se descompone y se reduce a polvo, nefesh se demora con él y ronda por este mundo, yendo de aquí para allá entre los vivos, deseando conocer sus penas e intercediendo por ellos en caso necesario.

Ruah se traslada al Jardín del Edén terrenal. Ahí, este espíritu, deseando gozar de los placeres del magnífico Jardín, se adorna con una vestimenta, tal como es, parecida, semejante al cuerpo en el cual tuvo su morada en este mundo. En los Sabbaths, Lunas Nuevas y días festivos asciende hasta la esfera suprema, regalándose con las delicias del lugar y luego regresa a los Jardines; como está escrito: «Y el espíritu [ruah] regresó al Dios que lo concedió» [Ecles. 12: 7], es decir, en las fiestas especiales y ocasiones que hemos mencionado.

Pero neshamah asciende inmediatamente a su sitio en el dominio del cual emanó y es por su intercesión que la luz se enciende para que brille en las alturas. Nunca más desciende a la tierra después. En neshamah queda comprendido el Ser que contiene todos los lados, el superior y el inferior. Y hasta el momento en que neshamah ha ascendido a reunirse con el Trono, ruah no puede ser coronada en el Jardín inferior y nefesh no puede descansar en paz en su sitio; pero éstos encuentran la paz cuando ella asciende.

Ahora, cuando los hijos de los hombres, atormentados y apenados, acuden a las tumbas de los que se han ido, entonces nefesh despierta y sale a incitar a ruah a que levante a los patriarcas y después a neshamah. A partir de entonces, el Ser Supremo, bendito sea, tiene piedad del mundo...

Pero si neshamah por alguna razón no ha podido ascender a su sitio indicado, ruah, viniendo a la reja del Jardín del Edén, la encuentra cerrada e incapaz de entrar, vaga sola y acongojada; nefesh también se desliza de un lado al otro en el mundo, y al ver el cuerpo en el que una vez fue inquilina devorado por los gusanos y sufriendo el juicio de la tumba, llora por él, como lo dicen las Escrituras: «Pero su carne se afligirá por él y su alma llorará por él» [Job 14: 22].

Así todos sufren hasta el momento en que neshamah puede alcanzar su sitio indicado en las alturas. Entonces, no obstante, cada una de las otras dos se apega a su sitio correcto; esto es porque las tres son uno que comprende una unidad, abrazadas en un nexo místico.

Servir al Señor con alegría

Le competía al Sumo Sacerdote entrar al Templo con alegría, y cuando se colocó ante Su presencia en aquel lugar sagrado, todas las cosas a su alrededor tenían que expresar alegría. Así está escrito: «Sirve al Señor con alegría; ve hasta su presencia con cantos» [Salmos 100: 2].

Esto es así por la razón de que al servicio del Señor no existe sitio para un corazón acongojado.

Uno podría preguntar: Si un hombre está atormentado e inmerso en la pena y su corazón pesa y, no obstante la tribulación, siente la necesidad de ir ante el Rey celestial en busca de solaz, ¿debe entonces desistir de la oración debido a su pena? ¿Qué habrá de hacer ya que no puede evitar que su corazón pese?

La respuesta es que «desde el día de la destrucción del Templo, todas las rejas del ciclo han sido cerradas, pero las rejas de las lágrimas no han sido cerradas^[23]»; y el sufrimiento y la tristeza se expresan con lágrimas. Parados en las rejas de las lágrimas, están ciertos seres celestiales y ellos rompen los barrotes y las cerraduras de hierro y permiten a las lágrimas la entrada, para que las súplicas de los llorosos dolientes pasen y lleguen hasta el Rey celestial, y el sitio de la Divina Presencia esté dolido por la pena de aquel que hace oración, como está escrito: «En todas sus aflicciones, Él está afligido» [Isa. 63: 9], y cuando el Rey, al entrar al sitio de la Presencia, la encuentra sufriendo, entonces todos sus deseos le son a ella cumplidos.

De aquí que la súplica de aquel que sufre no se revierta vacía a él, sino que el Ser Supremo, bendito sea, tiene piedad de él. Bendito sea el hombre que derrama lágrimas cuando reza ante el Ser Supremo, bendito sea.

Las estrellas

Una vez, el Rabino Eleazar y el Rabino Abba estaban sentados juntos y llegó el crepúsculo, ante lo cual se levantaron y se dirigieron a un jardín del Lago Tiberiades. En el camino, observaron a dos estrellas que se apresuraban una hacia la otra desde distintos puntos del cielo, se encontraban y luego se desvanecían.

El Rabino Abba observó: En el cielo, por encima y por sobre la tierra, cuán grandiosas son las obras del Ser Supremo, bendito sea. ¿Quién puede desentrañar esto, cómo vienen estas estrellas desde distintos puntos, cómo se encuentran y desaparecen?

El Rabino Eleazar contestó: No necesitamos haber visto estas dos estrellas para reflexionar sobre ellas, pues hemos deliberado al respecto tal como lo hemos hecho con la multitud de grandiosas obras que el Ser Supremo, bendito sea, siempre está realizando. Entonces, citando el verso «Grandioso es nuestro Señor Todopoderoso; su entendimiento no tiene número»^[24] [Salmos 147:5], siguió discutiendo: En verdad, grandioso y todopoderoso y sublime es el Ser Supremo, bendito sea. Pero siempre

supimos que el Ser Supremo, bendito sea, es grandioso y su poder es infinito; ¿qué nuevo homenaje, entonces, muestra David a Dios con estas palabras?

Nótese, sin embargo, que en algún otro lado en los Salmos, él dice: «Grandioso es Y H V H» [Salmos 145: 3], mientras que aquí él dice, «grandioso es nuestro Señor» [adonenu]. ¿Cuál es la razón? Ésta: que cuando dice «Grandioso es Y H V H y muy digno de alabanza» [Salmos 145: 3], alude al grado más alto, mientras que aquí se refiere a un grado menor; «grandioso es nuestro Señor» corresponde al «Señor [adon] de toda la tierra» [los. 3: 13]. ¿Qué dice el verso precedente? «Él contó el número de estrenas; y dio a todas un nombre» [Salmos 147: 4]. Si todos los hombres del primero al último se reunieran e intentaran contar las estrellas, no podrían hacerlo, como está escrito: «Alza la vista al cielo y cuenta las estrellas, si eres capaz de hacerlo» [Gen. 15: 5]. Mientras que respecto del Ser Supremo, bendito sea, dice: «Él contó el número de estrellas; y dio a todas un nombre». ¿Por qué es así? Por esta razón: «Grandioso es nuestro Señor Todopoderoso; su entendimiento no tiene número». Tal como las estrellas no tienen número salvo para él, así su entendimiento «no tiene número».

Observen esto también. Está escrito: «El que trae consigo multitudes. Él las llama a todas por su nombre» [Isa. 40: 26]. El Ser Supremo, bendito sea, trae a todas las multitudes, legiones y estrellas y cada una es llamada por su nombre propio y «ni uno falla» [ibid.]. Designados para estar ante todas las estrellas y constelaciones en los cielos, hay cabezas y líderes y ministros y a ellos corresponde dar servicio al mundo, cada uno de acuerdo con la función que le fue designada. Ni a la hoja de pasto más pequeña de la tierra le falta su estrena propia, especialmente designada para ella en el cielo. Y también cada estrella tiene a un ser designado para ella, para que la represente con el rango debido y ejerza su ministerio ante el Ser Supremo, bendito sea.

Actuando como guardianes de este mundo están todas las estrellas del firmamento y cada objeto individual del mundo tiene a una estrella especialmente designada para que lo cuide. La hierba y los árboles, el pasto y las plantas silvestres, para florecer y multiplicarse deben tener el poder de las estrellas por encima de ellos mirándolos a cada uno en un modo muy particular. El gran número de planetas y estrellas de todos los tipos emergen al principio de la noche y brillan hasta las tres horas menos cuarto después de la medianoche. A partir de ese momento sólo salen unas cuantas. No es sin propósito que todas las estrellas brillan y sirven. Algunas, cumpliendo su deber durante toda la noche, hacen que la planta que está especialmente bajo su cuidado brote y florezca. Otras comienzan sus actividades al advenimiento de la noche y vigilan a su objeto correspondiente hasta la medianoche. Y otras más, cuando han emergido y quedado en conjunción con la planta en especial sobre la que influyen, así rápidamente completan su deber especial noche a noche. Cuando cumplen con su tarea, estas estrellas se desvanecen de este mundo, ascendiendo al sitio que les corresponde en las alturas.

El libro de la sabiduría excelsa del Este habla de estrellas con colas rastreras, cometas que desde los cielos gobiernan y dirigen el crecimiento de ciertas hierbas en la tierra del tipo conocido como «elixir de la vida» e influyen asimismo en el crecimiento de piedras preciosas y oro que se encuentran en aguas poco profundas, en el seno de altas montañas; y el crecimiento de éstas sucede a merced al resplandor de aquella cola luminosa dejando rastro tras estas estrellas a lo largo del firmamento.

Así que también existen padecimientos humanos como la ictericia, por ejemplo, que pueden ser curados si el hierro resplandece rápidamente para adelante y para atrás ante los ojos del que sufre, y como la cola de un cometa envía rayos de luz hacia su rostro, esto trae consigo la curación. Y es verdad que sin que la luz del cometa pase en realidad sobre las cosas que están bajo la influencia de dichas estrellas, estas cosas no pueden florecer y desarrollarse, pues gracias a la luz del cometa se hace posible para ellas renovar su color y revigorizarse todo lo necesario. Que esto es verdad, está de igual modo demostrado en el libro del Rey Salomón que, inmerso en la ciencia de las piedras preciosas, afirma que ciertas piedras detienen su crecimiento y nunca llegan a un perfecto desarrollo dado el caso que la luz y el deslumbramiento de ciertas estrellas sea impedido.

El Ser Supremo, bendito sea, ha ordenado así todas las cosas para hacer al mundo perfecto y lleno de esplendor y por tanto está escrito que las estrellas han de «dar luz sobre la tierra» [Gen. 1: 17], a todas las cosas necesarias para la perfección del mundo.

Una explicación alegórica de Jonás

La historia de Jonás puede reconstruirse como una alegoría del curso de la vida del hombre en este mundo. Jonás desciende rumbo al barco: esto es paralelo al alma del hombre que desciende para entrar al cuerpo que le corresponde en este mundo. ¿Por qué se le llama Jonás al alma [lit., afligida] Por la razón de que ella se convierte en sujeto de todo tipo de vejaciones una vez que ha entrado en sociedad con el cuerpo. Así, un hombre en este mundo está como en un barco que cruza el ancho océano y puede ser despedazado, como está escrito: «Así que el barco podía ser destrozado» [Jonás 1: 4].

Y asimismo, también el hombre en este mundo comete transgresiones pues supone que su Señor desatiende al mundo y, por tanto, su presencia puede ser eludida. De ahí que el Todopoderoso despierta una tormenta iracunda, es decir, el juicio de un hombre que siempre se encuentra ante el Ser Supremo, bendito sea, e inexorablemente busca su castigo. Entonces es esto lo que golpea el barco, y recordando los pecados del hombre, lo atrapa; el hombre queda en medio de la tempestad y lo aqueja la enfermedad, tal como Jonás «fue lanzado a las partes más

profundas del barco; y se acostó y se quedó dormido» [íbid. 1: 5]. Así que el hombre permanece aquejado, y aun así su alma no hace intento alguno por volver a su Señor, volver y expiar sus pecados. Luego, «el capitán del barco vino a él», es decir, aquel que es el timonel de todo, y la Buena Inclinação, «y le dijo: ¿Qué significa que tú te quedes dormido? Levántate y alza los ojos a tu Dios» [íbid. 1: 6]; no es hora de dormir, estás a punto de ser prendido para que se te haga un juicio por todos tus actos en este mundo. Arrepiéntete de tus malas acciones. Arrodilla tu mente ante estas cuestiones y regresa a tu Señor.

«¿Cuál es tu ocupación?», es decir, en la que está comprometido en este mundo, y confiesa lo que a ella se refiera ante el Señor; y «de dónde vienes tú»; o sea, de un rango ínfimo, y por tanto, retén tu arrogancia ante Él. «¿Cuál es tu país?», considera cómo del polvo vienes y al polvo has de regresar; «y de qué gente eres tú» [íbid. 1: 8], es decir, considera si puedes abrigar la esperanza de ser protegido en virtud de los méritos de tus ancestros.

Cuando se le lleva ante el tribunal celestial para ser juzgado, la tempestad que era en realidad la sentencia tal y como se desenfrenó frente a él, llama al Rey para que castigue a todos los prisioneros del Rey. Luego los consejeros del Rey vienen ante él a su debido tiempo, y el tribunal queda constituido. Algunos abogan por el acusado y otros en su contra. Si al hombre se le considera culpable, como en el caso de Jonás, entonces «los hombres remaron con todas sus fuerzas para llevado a tierra, pero no pudieron»; así, aquellos que abogan por él, presentan argumentos en su favor y buscan hacerla regresar a este mundo, pero fracasan en su intento; «pues la marea creció y creció más tempestuosamente contra ellos» [íbid. 1: 13], es decir, la persecución incita la furia contra él, hunde la defensa y el hombre permanece convicto ante sus transgresiones. Es entonces cuando tres emisarios elegidos descienden a él. Uno de ellos lleva a cabo un balance de todas las buenas acciones y las malas del hombre en este mundo; otro, saca la cuenta de sus días; el tercero es aquel que constantemente ha estado con el hombre, desde el periodo en que estaba encerrado en el vientre de su madre.

Como se ha dicho, la condena se calma sólo cuando «ellos se llevaron a Jonás» [íbid. 1: 15], cuando ellos conducen al hombre de su hogar al sitio de su entierro. Luego se lanza una proclama en relación con él que, en caso de que haya llevado una vida justa, dice: ¡Alabada sea la imagen del Rey! «Él consiguió la paz, descansen en sus lechos todos aquellos que se cruzaron por su camino del bien» [Isa. 57: 2]. Pero para un hombre malo, cuando muere, la proclama es: ¡Desgraciado es este hombre, no debía haber nacido! Respecto de este tipo de hombre, está escrito: «Y lo arrojó al mar; y cesó la furia del mar» [Jonás 1: 15], lo cual significa que la condena cesará en su furia sólo una vez que lo hayan bajado a su tumba que es el sitio del juicio. Y, en verdad, el pez que se tragó a Jonás es la tumba; y «Jonás estuvo en el vientre del pez» [íbid. 2: 1], que se identifica con «el vientre del inframundo» como lo vemos en el pasaje: «Desde el vientre del inframundo clamé yo» [íbid. 2: 3].

«Tres días y tres noches» [íbid. 2: 1], que se refiere a los tres días que un hombre permanece en la tumba antes de que su vientre se derruya. Al final del tercer día, deja salir su putrefacción en el rostro diciendo: Recibe nuevamente aquello que pusiste en mí; todo el día tú comiste y bebiste, nunca diste nada a los pobres; como días festivos y de descanso fueron todos tus días, pero los necesitados no compartieron tu comida y permanecieron hambrientos. Recibe nuevamente aquello que pusiste en mí...

Y una vez transcurridos tres días más, el hombre es castigado en cada órgano, en los ojos, las manos, los pies. Pues durante treinta días el alma y el cuerpo reciben castigos juntos. Por eso el alma se demora durante este tiempo en la tierra y no asciende hasta su esfera, como una mujer a la que se aísla durante el periodo de su impureza.

Entonces el alma asciende y el cuerpo continúa consumiéndose en la tierra y ahí yacerá hasta la hora en que el Ser Supremo, bendito sea, haga que los muertos se levanten. En ese momento, una voz tronará por entre las tumbas y proclamará: «Despierten y canten, ustedes los que habitan el polvo —pues su rocío es como el rocío de la luz— y la tierra dará vida a las tinieblas» [refaim, Isa. 26: 19]. Esto será cuando el Ángel de la Muerte desaparezca del mundo, como está escrito: «Él tragará la muerte para siempre; y el Señor Dios secará las lágrimas de todos los rostros; y el reproche de su gente Él hará desaparecer de toda la tierra entera» [íbid. 25: 8].

Es a ese acontecimiento al que se alude con las palabras: «Y el Señor habló con el pez y éste vomitó a Jonás en la tierra seca» [Jonás 2: 11]; cuando las tumbas escuchen el clamor de dicha voz puntualmente arrojarán los cadáveres que en ellas yacían. Y los muertos asumirán su prístina condición corporal, tal como lo indica la palabra refaim [tinieblas] que se relaciona con rafah [curación]...

Así pues, vemos que la historia de aquel pez lleva consigo palabras de solaz para el mundo entero. Murió cuando acababa de tragar a Jonás; así y todo, fue vuelto a la vida tres días después y lo vomitó. Y de modo parecido, en el futuro, la tierra de Israel primero será llevada a una nueva vida, y luego «la tierra dará vida a las tinieblas».

LEVÍTICO NÚMEROS DEUTERONOMIO

Exilio y redención

Una vez, mientras el Rabino Aha y el Rabino Judah caminaban juntos, el Rabino Judah dijo: Sabemos que la virgen de Israel^[25] está bendita siete veces; sin embargo, las Escrituras dicen respecto de ella: «Y tú, oh hijo del hombre, tomas acaso un lamento por la virgen de Israel»^[26]; y peor aún: «La virgen de Israel ha caído, ya nunca se levantará [Amos. 5: 2]. Este último verso, ciertamente, ha sido interpretado por todos los Compañeros como un mensaje de consolación»^[27]. Pero eso no es probable; el profeta en persona se refiere a él como un lamento.

A esto respondió el Rabino Aha: La misma dificultad me ha torturado a mí también. Yo vine antes que el Rabino Simeón y me veía tremendamente atormentado. Él insistió: Tu rostro revela que algo atormenta tu mente.

Dije yo: En verdad, mi mente está tan abatida como mi rostro.

Él me preguntó: ¿Qué ocurre entonces?

Yo hablé: Está escrito: «La virgen de Israel ha caído y ya no se levantará jamás». Si la mujer de un hombre lo deja debido a la ira de él sobre ella, ¿acaso ella no regresará jamás? Entonces, ¡pobres de los niños que deberán ir con ella!

Él me contestó: ¿Acaso no es suficiente con la explicación que los Compañeros han dado?

Yo respondí: He escuchado lo que dicen que es un mensaje de consolación, pero no me contenta.

Él dijo: La explicación de los Compañeros es correcta en lo que dice, pero hay aún más que decir. Desdichada la generación a la que le faltan pastores, cuando las ovejas se desperdigan y no saben a dónde ir. Este verso, en verdad necesita entendimiento, pero al mismo tiempo, es clarísimo para todo aquel que pueda interpretar la Torah con propiedad. Ven a ver. Todos los otros exilios de Israel tuvieron un periodo establecido y cuando terminaba, Israel regresaba a Dios, la virgen de Israel regresaba a su lugar. Pero este último exilio es diferente, y ella no regresará como hasta ahora, lo cual queda indicado en el verso: «La virgen de Israel ha caído y no se levantará jamás». Nótese que no se ha escrito: «No la levantaré jamás».

Hay que pensar en un rey que, molesto con su reina, la expulsó de su palacio por un cierto tiempo. Ese tiempo pasó, ella inmediatamente regresó al rey. Esto pasó en varias ocasiones. Entonces, sin embargo, vino un tiempo cuando fue expulsada del

palacio del rey por un tiempo largo. El rey dijo: Ahora no es como antes, cuando ella regresaba a mí. Esta vez, iré con todas mis flores a buscarla. Y cuando la encontró, ella estaba en el polvo. Viéndola pisoteada de esta manera y deseándola de nuevo, el rey la tomó de la mano y la levantó y la llevó de regreso al palacio y juró que nunca más la alejaría de ahí.

Así con la Comunidad de Israel: cuando previamente estaba en el exilio, en el tiempo indicado, estaba habituada a regresar al Rey. Ahora, en este exilio, el Ser Supremo, bendito sea, irá, la llevará de la mano y la levantará y le dará consuelo y la traerá de regreso a su palacio. Así está escrito: «Ese día levantaré el tabernáculo de David que ha caído» [Amos. 9: 11]; y el «tabernáculo de David» es lo mismo que la virgen de Israel.

Dijo el Rabino Judah: En efecto, tú me has consolado y me has alegrado y ésta es la verdadera concepción. Me pone en mente una idea similar que había olvidado, algo que el Rabino Yose dijo, que el Ser Supremo, bendito sea, en un día futuro proclamaría en relación con la Comunidad de Israel lo siguiente: «Sacúdete el polvo; levántate y ten paz, Oh Jerusalén» [Isa. 52: 2], como un hombre que toma la mano de su vecino y dice: Ven acá, sosiégate.

El Rabino Aha le dijo entonces: El mismo tipo de discurso utilizan todos los profetas. Así está escrito: «Levántate, brilla, pues tu luz ha llegado» [Isa. 60: 1] que significa que el Rey está ahí para ofrecerte reconciliación. Y también: «He aquí a tu rey que viene hacia ti» [Zac. 9:9] y significa: Él vendrá a ti a levantarte y a consolarte, para recompensarte, para llevarte a su palacio y desposarte para siempre, como está escrito: «Y yo te desposaré para siempre» [Has. 2: 21].

Cómo presentarse ante Dios

Discurriendo acerca del texto: «Sirve al Señor con alegría, ven a su presencia con cantos» [Salmos 100: 2], el Rabino Judah dijo: Sabemos que el servicio del Señor que no se realiza con alegría y celo, ese servicio es imperfecto. Pero ¿qué sucede si un hombre peca en contra de los mandamientos de la ley y luego, en arrepentimiento, va a ofrecerle su servicio a Dios? ¿Con qué semblante puede un hombre en una ocasión así presentarse ante el Señor? Verdaderamente, él entonces, con el corazón contrito y con el espíritu en penitencia, ¿cómo podrá mostrar alegría y cantos? La verdad es, sin embargo, que los sacerdotes y los Levitas lo hicieron; fue el sacerdote quien se regocijó porque está lejos del castigo y está obligado siempre a manifestar un talante gozoso, mucho más que los demás. Y respecto de los cantos, éstos los realizaron los Levitas porque era su función. Así, el sacerdote se puso junto al hombre y con palabras adecuadas unificó y pronunció el Santo Nombre con alegría y al mismo tiempo los Levitas hicieron los cantos.

Pero en estos días en que no hay ofrendas, ¿cómo puede ese hombre manifestar alegría y cantos si regresa a su Señor con el corazón contrito y apenado, bañado en lágrimas y arrepentido? La respuesta se basa en un secreto. Hemos aprendido que: Un hombre debe entrar a la sinagoga a la distancia de dos puertas y luego debe orar. Esta es una referencia a las palabras de David: «Levanten sus cabezas, Oh rejas» [Salmos 24: 7]. Estas rejas son dos grados, y se encuentran a lo lejos, adentro; son los grados Misericordia [hesed] y Temor [pahad] al principio, y son las rejas del mundo [interior]. De aquí que en oración un hombre necesite fijar sus pensamientos en el Santo de Santos, es decir, el Nombre Santo y luego pronunciar su oración.

La misma lección se aprende en esto: La «alegría» es el nombre secreto de la Comunidad de Israel y llegará el día en que Israel dará fin á su exilio a través de la alegría, como está escrito: «Pues tú saldrás con alegría» [Isa. 55: 12]. Y luego dice: «Sirve al Señor con alegría». También dice: «Ven a su presencia con cantos». Así la alegría se hace completa pues el corazón lleva la alegría y la boca el canto.

Así vemos que éste es el camino que un hombre debe seguir para llegar a la presencia de su Señor, pues entonces se le podrá decir: «Sabe que el Señor, Él, es Dios» [Salmos 100: 3]; le corresponde a él entonces unificar el Nombre Santo y pronunciado, hacer de estos dos nombres uno reuniéndolos, y en esto está el verdadero servicio del Ser Supremo, bendito sea.

Himnos del cielo

«Y él se dirigirá al altar que está ante el Señor» [Lev. 16: 18]. Al respecto, el Rabino Judah citó el verso: «Dios, Dios, el Señor ha hablado y ha llamado a la tierra desde donde sale el sol hasta donde se oculta» [Salmos 50: 1].

Él dijo: Se nos ha enseñado que al alba un coro de mil quinientas cincuenta miríadas canta himnos a Dios, y al mediodía mil quinientas cuarenta y ocho, y al momento conocido como «entre las tardes», mil quinientas noventa miríadas.

El Rabino Yose comentó que a la hora crepuscular todas las legiones celestiales conocidas como «señores del grito» lo reciben con alabanzas, pues están todos jubilosos y entonces el juicio se ilumina. En este momento, el mundo se regocija y es bendecido y el Ser Supremo, bendito sea, levanta a Abraham [el representante de la Misericordia] y sostiene una alegre charla con él y le permite que gobierne al mundo. Pero en el momento conocido como «entre las tardes», los ángeles llamados «maestros del aullido» levantan sus voces y a lo largo del mundo priva la conciencia. Entonces, el Ser Supremo, bendito sea, pidiéndole a Isaac [el representante del Juicio Severo] que se levante y vaya a juzgar a los transgresores de los preceptos de la ley. Vienen entonces siete ríos de fuego que descienden a las cabezas de los malos, y también los carbones ardientes de fuego. Ahora Abraham se retira, el día parte, y en

Gehinnom los que han hecho el mal, gruñendo, claman: «¡Desdichados de nosotros!, pues el día declina, pues las sombras de la tarde se esparcen ya» [Jer. 6:4].

Así, a esta hora, un hombre debe tener cuidado de no olvidar su oración de la tarde. Con la llegada de la noche, se hacen venir desde afuera de la cortina las otras mil quinientas cuarenta y ocho miríadas y entonan himnos, ante lo cual los castigos del inframundo se levantan y vagan por el mundo, cantando alabanzas hasta la medianoche, que es un reloj y medio. Entonces, habiéndose ido y desatado el viento del norte, todos los presentes se congregan para cantar Salmos hasta el amanecer y hasta que entra la mañana y la alegría y la bendición regresan al mundo.

La sagrada comunión

El Rabino Abba citó el verso: «Y, ¿quién es como tu pueblo, como Israel, una nación en la tierra?» [II Sam. 7: 3]. Dijo él: Dios escogió a Israel y a ningún otro pueblo y lo estableció en el mundo como una sola y única nación y, en su propio nombre, la llamó «una nación». Para coronar a su gente, él les otorga una multitud de preceptos y con éstos las filacterias de la cabeza y el brazo que hacen a un hombre uno y completo. Sólo cuando está completo, un hombre es llamado «uno», pero no cuando carece; y así Dios cuando se hace completo con los patriarcas y la Comunidad de Israel, entonces es llamado Uno.

En esta guisa, otorgando sus filacterias y envolviéndose en el manto de la oración, el Israelita es coronado con las coronas sagradas a la manera celestial y se le llama «uno». Entonces es propio que Uno venga y otorgue atención a uno.

¿Cuándo se dice que un hombre es «uno»? Cuando es varón junto con hembra y es altamente santificado y celoso por la santificación; entonces y sólo entonces es designado uno sin daño de ninguna clase. De aquí que un hombre y su esposa tengan una sola inclinación a la hora de su unión, y el hombre esté contento con su mujer, uniéndola a él en el afecto. Así unidos, ellos constituyen un alma y un cuerpo: una sola alma a través de su afecto; un solo cuerpo, pues sólo cuando el varón y la hembra están unidos forman en realidad un solo cuerpo; mientras que, y esto lo hemos aprendido, si un hombre no está casado, está, digamos, dividido en dos. Pero cuando el varón y la hembra se juntan, Dios permanece con «uno» y le infunde un espíritu santo; y, como se dijo, éstos son llamados los hijos del Ser Supremo, bendito sea.

El amor de Dios

El Rabino Abba dio consideración al siguiente verso: «Oh, vuélvete hacia mí y

dame la gracia; dale Tu fuerza a Tu servidor» [Salmos 86: 16].

Él dijo: ¿Quiere decir que David era el más bello a quien Dios podía dirigirse? El significado es que Dios, tal como lo hemos aprendido, posee otro David, uno que guía a las multitudes y legiones celestiales; y, deseando conceder su gracia sobre el mundo, Dios dirige un semblante sonriente a este «David» [la Presencia Divina] quien entonces, en virtud de su belleza, ilumina el mundo y lo llena de gracia. Su cabeza es un cráneo dorado embellecido con siete ornamentos de oro. Dios lo ama mucho y así lo instruye para voltear y verlo con sus ojos más que justos que, cuando lo hace, logra que el corazón de Dios, por así decirlo, sea atravesado por las saetas del afecto celestial. Fue gracias a ese David celestial y gentil, objeto del amor y el deseo de Dios, que David dijo: «Oh, vuélvete hacia mí y dame la gracia».

Así ocurrió cuando Isaac le dijo a Jacob: «Mira, el olor de mi hijo es como el olor de un campo que el Señor ha bendecido» [Gen. 27: 27]. Se nos ha enseñado que esto sucedió así porque el Jardín del Edén acompañaba a Jacob cuando él entró. Y podríamos preguntar una vez más: ¿Cómo pudo entrar con él el Jardín del Edén esparciendo como esparce una inmensa extensión y aliento y con tan numerosas secciones y moradas? En realidad, Dios posee otro jardín sagrado. Él le tiene un afecto especial y lo cuida él en persona y le indica que acompañe a los justos siempre. Fue este jardín el que entro con Jacob.

De igual modo, cuando se cuenta la historia de que toda la tierra de Israel vino y se puso bajo Abram^[28], se refiere a otra tierra que Dios tiene, una tierra sagrada y celestial que también se conoce como «la tierra de Israel». Esta tierra de Israel se extiende bajo la morada mística de Jacob, y Dios, por amor a ellos, le ha dado a Israel para que esté con ellos y los guíe y los vigile; se le conoce como «la tierra de los vivos».

La rosa de Sharon

Discurriendo acerca del verso: «Soy una rosa de Sharon, un lirio de los valles» [Canto 2: 1], el Rabino Simeón dijo: El Ser Supremo, bendito sea, dispensa un gran amor a la Comunidad de Israel por lo que constantemente la alaba, y ella, del acopio de cantos e himnos que guarda para el Rey, constantemente canta sus alabanzas.

Porque florece espléndidamente en el Jardín del Edén, la Comunidad de Israel recibe el nombre de rosa de Sharon; porque su deseo es que la riegue el manantial profundo que es la fuente de todos los ríos espirituales, recibe el nombre de lirio de los valles.

También porque se halla en el lugar más profundo recibe el nombre de lirio de los valles. Al principio, ella es una rosa con pétalos amarillentos, y luego un lirio de dos colores, blanco y rojo, un lirio de seis pétalos que cambia de un tono a otro. Recibe el

nombre de «rosa» cuando está a punto de reunirse con el Rey y después que se ha unido a él en sus besos, recibe el nombre de «lirio».

El árbol de la vida

Nótese lo siguiente: Dios, cuando hizo al hombre y lo vistió con grandes honores, le indicó que se uniera a él para ser único y de un solo corazón, unido al Uno por el lazo de la fe de un solo propósito que ata todo. Pero más tarde, los hombres abandonaron el camino de la fe y dejaron atrás el árbol singular que sobresale en lo alto sobre todos los árboles, y se adhirió al lugar que constantemente cambia de un tono a otro, del bien al mal y del mal al bien, y descendieron desde arriba y se adhirieron abajo a lo incierto y abandonaron al ser supremo que no cambia. Así fue que sus corazones, cambiando del bien al mal, provocaron el merecimiento de misericordia a veces y castigo otras, dependiendo de a qué se habían unido.

El Ser Supremo, bendito sea, habló: Hombre, a la vida has abandonado y a la muerte tú te has unido; verdaderamente, la muerte te espera. Y así el decreto fue la muerte para él y para todo el mundo.

Pero si Adán transgredió, ¿en qué pecó el resto del mundo? Sabemos que todas las criaturas no comieron del fruto prohibido, claro que no. Pero fue de este modo: cuando el hombre se irguió, todas las criaturas, contemplándolo, fueron invadidas de temor de él y como esclavos lo siguieron. Y entonces, cuando él los llamó: Vengan, inclinémonos ante el Señor que nos hizo, ellos lo imitaron. Pero cuando ellos lo observaron haciendo reverencia al otro lugar, adhiriéndose a él, una vez más, ellos hicieron lo mismo y de esta guisa él trajo a la muerte para sí mismo y para todo el mundo.

Así Adán fue de un lado al otro, de un tono a otro, del bien al mal, del mal al bien, de la agitación al descanso, del juicio a la misericordia, de la vida a la muerte: nunca perseveró en una sola cosa, por el efecto de ese lugar, que por eso se conoce como «la espada flamígera que viraba hacia todos lados» [Gen. 3: 24], de esta dirección a aquélla, del bien al mal, de la misericordia, al juicio, de la paz a la guerra.

Pero el Rey supremo, por compasión por sus propias obras, les dio advertencia y dijo: «Del árbol del conocimiento del bien y del mal, no has de comer» [Gen. 2: 17]. Desobedeciendo el hombre, hizo lo que su mujer y fue desterrado para siempre, ya que una mujer puede venir a este lugar, pero no más allá y por su causa se decretó la muerte para todos. Pero en el tiempo por venir, «los días de mi pueblo serán como los días del árbol» [Isa. 65: 22], como ese árbol singular de cuya existencia estamos enterados. Respecto de ese tiempo está escrito: «Él tragará a la muerte para siempre; y el Señor Dios secará las lágrimas de todos los rostros» [íbid. 25: 8].

El significado oculto de la Torah

El Rabino Simeón dijo: «Si un hombre mira a la Torah como sólo un libro de narraciones y cuestiones cotidianas, ¡pobre de él! Una torah así, que trate de asuntos cotidianos y ciertamente una más excelente, nosotros también, aún nosotros, podríamos compilarla. Más aún, en manos de los que gobiernan el mundo están libros de mayor mérito incluso, y a éstos podríamos emular si quisiéramos compilar una torah de este tipo. Pero la Torah, en todas sus palabras, conlleva verdades supremas y secretos sublimes.

»Mira con qué precisión están balanceados el mundo superior y el inferior. Israel aquí abajo está balanceada por los ángeles de lo alto, de los cuales está escrito: “Que hace de sus ángeles vientos” [Salmos 104: 4]. Pues cuando los ángeles descienden a la tierra, ellos se ponen vestiduras terrestres porque de otro modo no podrían ni habitar en el mundo ni éste podría tenerlos. Pero si esto ocurre con los ángeles, con mucha mayor razón debe ocurrir con la Torah: la Torah fue quien creó a los ángeles y creó a todos los mundos y a través de la Torah se sostienen todos. El mundo no podría resistir la Torah si no se hubiera ataviado en vestiduras de este mundo.

»Así, los cuentos relacionados con la Torah son simplemente sus vestiduras externas y desdichado el hombre que considere esa vestidura externa como la Torah misma, pues a tal hombre le será arrebatada una porción en el mundo futuro. Así, David dijo: “Ábreme los ojos para que pueda contemplar cosas maravillosas a partir de Tu ley” [Salmos 119: 18], es decir, las cosas que subyacen. Mira. La parte más visible de un hombre son las vestiduras que lleva puestas y aquellos que carecen de entendimiento cuando miran al hombre son aptos sólo para ver en él esas vestiduras. No obstante, en realidad es el cuerpo del hombre lo que constituye el orgullo de sus vestiduras, y su alma constituye el orgullo del cuerpo.

»Así ocurre con la Torah. Sus narraciones acerca de las cosas del mundo constituyen las vestiduras que cubren el cuerpo de la Torah; y ese cuerpo está compuesto de los preceptos de la Torah, gufeytorah [cuerpos, principios principales]. La gente sin entendimiento sólo ve las narraciones, las vestiduras; aquellos que pueden penetrar un poco más, también ven el cuerpo. Pero los verdaderamente sabios, aquellos que sirven al Rey más alto y estuvieron en el monte Sinaí, penetran hasta el alma, a la verdadera Torah que es el principio, la raíz de todo. A estos mismos en el futuro les será concedido penetrar al alma misma del alma de la Torah.

»Miren ahora lo que ocurre en el mundo superior con las vestiduras, cuerpo, alma y alma suprema. Las vestiduras externas son los cielos y lo que en ellos hay, el cuerpo es la Comunidad de Israel y es el recipiente del alma, lo que es “la Gloria de Israel”; y el alma del alma es el Ancestro Supremo. Todos estos están unidos uno al otro.

»Desdichados los pecadores que miran a la Torah como simples cuentos acerca de las cosas del mundo, y sólo ven así las vestiduras externas. Pero los justos, cuya

mirada penetra hasta la Torah misma, dichosos sean. Y tal como el vino debe conservarse en un odre, así la Torah debe estar contenida en una vestidura exterior. La vestidura está hecha de los cuentos e historias; pero nosotros, debemos penetrar más allá.

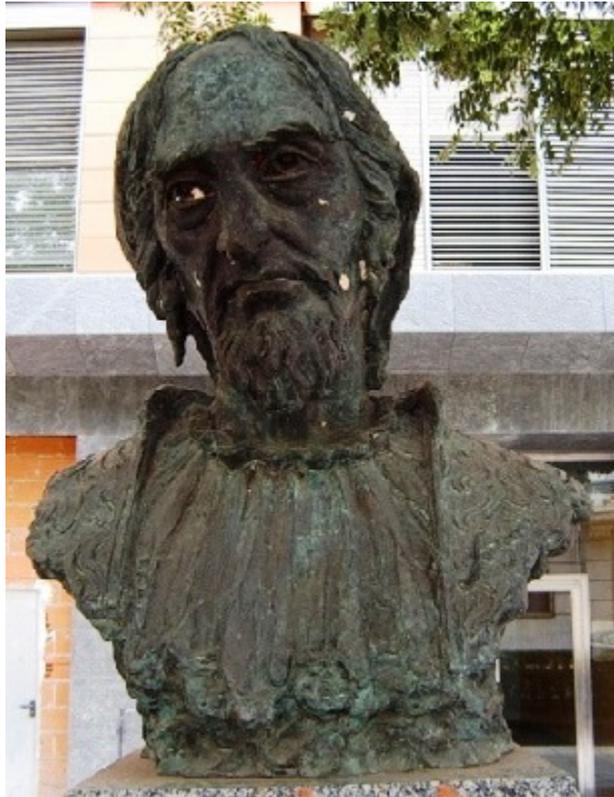
TEXTOS

Los números romanos y la paginación se refieren a las ediciones estándar del Zohar que a su vez son fieles a la primera edición, Mantua 1558-60.

- El principio, I. 15a
- El universo: cáscara y semilla, I. 19b
- La primera luz, I. 31 b
- La creación del hombre, I. 34a
- Varón y hembra, I. 49b
- Fuego que consume, I. 50b
- Abandono de la vida, I. 57b
- Las tres costas del espíritu, I. 62a
- El más alto grado de fe, I. 83b
- Medianoche, I. 92b
- La bendición de Jacob, I. 146a
- Mejor que José, I. 201b
- La gran fiesta, I. 21 7b
- La muerte de Jacob, I. 221b
- Un sello en el corazón, I. 244b
- Los diez sefirot, II. 42b
- Desde las profundidades, II. 63b
- Dos aspectos, II 64b
- Sabbath, II. 88a
- Los amantes de la Torah, II. 94b
- El destino del alma, II. 96b
- El sufrimiento de los niños inocentes, II. 112b
- Los tres aspectos del alma, II. 141 b
- Servir al Señor con alegría, II. 165a
- Las estrellas, II. 171 a
- Una explicación alegórica de Jonás, II. 199a
- Exilio y redención, III. 6a
- Cómo presentarse ante Dios, III. 8a
- Himnos del cielo, III. 64b
- La sagrada comunión, III. 81a
- El amor de Dios, III. 84a
- La rosa de Sharon, III. 107 a
- El árbol de la vida, III. 107a
- El significado oculto de la Torah, III. 152a

RECONOCIMIENTOS

La versión inglesa de los pasajes elegidos del Zohar fue preparada bajo la supervisión del Profesor Scholem, con la asesoría especial de Sherry Abel. La traducción al inglés del Zohar editada por la Soncino Press fue material de consulta y las sugerencias recibidas merecen un reconocimiento. La Biblia ha sido citada de acuerdo con la traducción de la Jewish Publication Society Of America, salvo en aquellos pasajes en los que el contexto requirió una versión diferente. La introducción del editor fue traducida por el Profesor Ralph Marcus.



Mosé ben Sem Tob de León, también conocido como Moisés de León o Moisés de Guadalajara, (¿Guadalajara? o ¿León?, 1240 - ¿Guadalajara, 1290? o ¿Arévalo, 1305?) fue un rabino y filósofo sefardí castellano, autor del Libro del Esplendor o Zóhar, libro central en la Cábala.

Desde joven se interesó por la filosofía y ya con 24 años de edad, mientras seguía sus estudios religiosos, recibió una copia de la Guía de perplejos de Maimónides. A partir de entonces empezó a interesarse por la Cábala y dedicó varios años de su vida a contactar con cabalistas de toda la Corona de Castilla, llegando a entablar relación con un ya anciano Nahmánides, y a difundir la doctrina cabalista ante el aumento de la influencia racionalista del judaísmo.

Establecido en Guadalajara, realiza alrededor de veinticuatro escritos sobre la Cábala y en 1286 ya tenía concluido gran parte del Zóhar, incluyendo una versión distinta del Midrash. Aunque para escribir el Zóhar afirmaba basarse en antiguos manuscritos del místico Simeón Ben Yojai (siglo II), nunca pudo llegar a demostrarse, pues entonces era muy común entre los escritores judíos atribuir sus libros a autores clásicos.

Notas

[1] «falsificación» <<

[2] Este punto primordial, en el Zohar, se identifica con la sabiduría de Dios (hokhmah), el pensamiento ideal de la Creación. <<

[3] Las cuatro letras del nombre de Dios representan cuatro niveles de manifestación divina siempre en aumento. <<

[4] Neshamah, el «alma sagrada», el alma suprema, es la fuerza intuitiva más profunda que conduce a los secretos de Dios y al universo. <<

[5] Nefesh es el alma propia, el alma natural concedida a cada uno de los hombres. <<

[6] Respecto de los nombres y grados del alma, consúltense también los pasajes: LA FE Y LOS TRES ASPECTOS DEL ALMA. <<

[7] A lo largo del Zohar, el Rabino Simeón ben Yohai recibe el apelativo de «la lámpara sagrada». <<

[8] Dios, en su aspecto más oculto. <<

[9] Es decir, que el Rabino Isaac viviera. <<

[10] Esta fiesta es una expresión parabólica de la muerte. <<

[11] De acuerdo con la tradición, la tumba de José fue puesta en el río, donde permaneció hasta el Éxodo. <<

[12] Las aguas superiores e inferiores representan fuerzas masculinas y femeninas, o los principios activo y pasivo en la Creación. <<

[13] En este verso se entiende que Dios se manifiesta a cada profeta de acuerdo con sus capacidades de comprender a Dios. <<

[14] Las cuatro letras del nombre Y H V H se entienden como símbolos de las manifestaciones del poder creador de Dios en todos y cada uno de los seres. <<

[15] La primera letra del nombre de Dios. <<

[16] Ben Sira, tal como se le cita en el Talmud, Hagigah 13.^a. <<

[17] Éstas designan a los siete últimos sefirot. <<

[18] Según el Zohar, este verso quiere decir: «Desde las profundidades [en que te hallas] yo invoco tu nombre». <<

[19] Ver el pasaje: Dos Aspectos. <<

[20] El «Campo de Manzanos» simboliza la esfera de la Presencia Divina. <<

[21] La frase también podría querer decir: en la que nadie ha posado los ojos. El pasaje siguiente así lo explica. <<

[22] Derivado de las leyes de la letra de las Escrituras. <<

[23] Talmud, Berakhot 32b. <<

[24] Léase, infinito. <<

[25] La Divina Presencia como la corporización mística de la Comunidad de Israel. <<

[26] Este verso, que no se encuentra en nuestras Escrituras, es aparentemente una paráfrasis de Ezequiel 19: 1: «Levanten un lamento por los príncipes de Israel». <<

[27] En el Talmud, Berakhot 4b, el verso se interpreta así: «Ena ha caído, pero no lo hará más; levántate, Oh, virgen de Israel». <<

[28] Según un midragh en el Gen. 13: 15. <<